

BOLSILIBROS  
BRUGUERA  
este  
EDICIONES  
B

# Lou Carrigan

AUNQUE NO LLUEVA WHISKY



de

Lectulandia

Era un jinete de expresión sombría, hermética, dura. Parecía muy cansado. Llevaba ropas oscuras, y un sombrero negro con dos borlas mexicanas, rojas, sujetas con una cinta a la base de la copa y descansando sobre el ala. También sus ojos eran oscuros. Y sus cabellos largos, en los que destacaban ya bastantes mechones grises. Quizá tendría cuarenta y ocho o cincuenta años... Y un revólver.

**Lectulandia**

Lou Carrigan

**Aunque no llueva *whisky***

**Oeste legendario - 91**

ePub r1.0

Titivillus 17.05.2019

Título original: *Aunque no llueva whisky*  
Lou Carrigan, 1989

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

# **AUNQUE NO LLUEVA WHISKY**

LOU CARRIGAN

## PRELUDIO

Helen Ferguson estaba en la parte de atrás de su granja, tendiendo la colada, cuando le pareció oír pisadas de caballos por el sendero que llegaba al porche de la parte delantera. La mujer sonrió, y dijo, alzando la voz para ser oída al otro lado de la casa:

-Estoy tendiendo la ropa, Ricky.

Acto seguido oyó más claramente las pisadas de caballo. De tres caballos, que aparecieron ante los interesados ojos de Helen con sus respectivos jinetes. Dos de éstos eran repulsivos sin más. El tercero quería parecer más pulcro, pero su expresión no podía ser más inquietante y desagradable, empeoraba por el hecho de faltarle el ojo izquierdo. Helen se estremeció.

-Bueno, señora Ferguson —sonrió el tuerto, quitándose el sombrero—, aquí tiene usted al comprador de su rancho... y rendido admirador.

Al oír lo último, Abbot y Simms rieron groseramente, porqué estaban de acuerdo con su jefe, Jim Morgan, en que Helen Ferguson, pese a tener ya cuarenta años se merecía... lo que ellos sabían.

-Ya le dije que no quería vender el rancho, señor Morgan, —dijo con firmeza Helen—. En cuanto a lo otro, siento no corresponderle: me repugna.

-Me parece, señora Ferguson, que necesita usted una buena lección.

Helen palideció. Quiso correr hacia la casa, pero Abbot interpuso su caballo entre la mujer y la puerta que daba a la cocina. Helen gritó, esquivó el caballo, y de nuevo quiso entrar, pero ahora fue Sims quien se interpuso con su caballo, tan rudamente, que derribó a la mujer. Sims desmontó rápidamente, la asió por los brazos, y la puso en pie, intentando al mismo tiempo besarla en la boca...

—¡Quieto! —le gritó furiosamente Morgan—. ¡Entradla en la casa!

—¡Ricky! —comenzó a llamar Helen—. ¡Rickyyyyy...!

-Es inútil que llame a su hijo —dijo Morgan, desmontando lentamente, diabólica la expresión de su negro y único ojo—. Nos hemos asegurado de que está lejos. Así que ahora veremos si nos vende sus tierras..., antes de ser amable con nosotros.

Helen Ferguson volvió a llamar a gritos a su hijo..., mientras los tres hombres la metían en la casa y comenzaban a arrancarle la ropa a tirones, dejando al descubierto su todavía hermoso, apetecible cuerpo.

Y muy pronto, los gritos y la resistencia de Helen. Ferguson fueron bestialmente sofocados por los tres canallas.

\* \* \*

Cuando Ricky Ferguson llegó a su casa aquella tarde, ya había allí algunos vecinos, que no tuvieron más remedio que decirle que lo que iba a ver era obra de Jim Morgan y sus amigos Sims y Abbot.

Ricky no dijo nada cuando vio a su madre brutalmente violada y muerta.

## CAPÍTULO I

Era un jinete de expresión sombría, hermética, dura. Parecía muy cansado. Llevaba ropas oscuras, y un sombrero negro con dos borlas mexicanas, rojas, sujetas con una cinta a la base de la copa y descansando sobre el ala. También sus ojos eran oscuros. Y sus cabellos largos, en los que destacaban ya bastantes mechones grises. Quizá tendría cuarenta y ocho o cincuenta años... Y un revólver.

Nadie sabía su nombre, pero dado su modo de disparar, su fabulosa rapidez, no había sido difícil bautizarle, para que cuando se quisiera contar una de sus hazañas los oyentes supieran a quién se estaba refiriendo: se referían siempre, simplemente, a Rayo.

Y eso era todo.

Un rayo que estaba a punto de caer sobre Cana Valley. Y cuando el rayo cae, siempre hay alguien que tiene que lamentarlo.

Cana Valley apareció de pronto ante los ojos de Rayo, que detuvo casi en seco al agotado caballo, en lo alto de la colina. Al fondo, en el centro del valle, las casas y las gentes, bajo el sol del principio de la tarde... Y una escena que no siempre se podía presenciar a la llegada a un pueblo: un entierro.

El coche, negro, la gente atrás... La comitiva estaba cruzando el pueblo, hacia el cercano cementerio, que Rayo podía ver perfectamente desde su elevada, situación... Vio los cipreses, el brillo blanco de alguna lápida, alguna cruz...

Y la sombría expresión de Rayo se concentró aún más. Un duro pliegue de contenida furia quedó como congelado en los labios del jinete sombrío. Un pliegue impecable de rencor, de determinación. Bien... Por lo menos, antes que otra cosa, había llegado a tiempo de ver el entierro.

Pero no se dejaría ver en él, por el momento. No era eso lo que quería Rayo.

Cabalgó por la colina, siguiendo paralelamente el entierro, acercándose luego cuando la comitiva hubo salido del pueblo. Luego, aún se fue acercando

más, pero siempre manteniendo la distancia y la situación que impediría a los acompañantes del difunto poder verlo aún volviendo la cabeza.

Y así, cuando el grupo de gente llegó al cementerio, Rayo ya había desmontado, dejando su caballo al otro lado del promontorio. Él se acuclilló entre unas artemisas, bien oculto.

Asistía al entierro. Lo único que podía hacer... por el momento.

\* \* \*

Estaban todos congregados alrededor de la tumba, cuya tierra, a los lados, se veía fresca, un poco roja. Se habían quitado los sombreros, y las cabezas permanecían inclinadas.

La voz del pastor era lo único que se oía en la quietud ardiente del soleado cementerio:

—... y asiste, Señor, a tu sierva, que murió en la violencia. Perdona todos sus pecados, y no la desampares en su camino por Tus Reinos hacia Ti. Amén.

Se oyó un murmullo de respuesta. Un murmullo tenue, opaco, como aplastado por aquel sol de cien mil demonios que parecía derretirse sobre Texas.

La mayoría de los asistentes al sepelio comenzaron a desfilar, alejándose hacia la salida, en silencio. El pastor se acercó a Ricky Ferguson, le dio una cariñosa palmada en un hombro, y eso fue todo. Sabía muy bien que las palabras no significan nada en momento como aquél... Palabras que se lleva el viento... Y un cadáver que queda, para siempre, hundido en la tierra.

Poco a poco, a los pies de la tumba fue quedando, aislado, Ricky Ferguson. Un poco más allá, los Mulberry, padre e hija. John Mulberry, un hombre de cincuenta años, alto, fuerte, robusto, de cabellos rojos, rostro pecoso, endurecido por el sol y el viento. Junto a él, Lucy Mulberry era como una nota suave, delicada. Fino el rostro, dulces los ojos verdes, suaves los rojos cabellos... John Mulberry acostumbraba a decir que tenía unas bonitas tierras, unos estupendos sembrados..., y una maravillosa flor de diecisiete años. Y nadie podía dejar de comprender a quién se refería Mulberry cuando hablaba, de aquella flor de diecisiete años...

Lucy miró a su padre, tras casi un minuto de espera silenciosa. Y su padre señaló hacia la salida del cementerio, donde ya no se veía a nadie.

—Será mejor que nos marchemos, Lucy... —murmuró—. Creo que Ricky prefiere estar solo ahora.

De este modo, Ricky quedó definitivamente solo... con los muertos.

Estuvo allí, a los pies de la tumba, casi diez minutos, expuesto al sol, al suave viento ardiente que tan bien conocía. Dio la vuelta de pronto y caminó hacia la salida del cementerio... Sólo cuando estuvo fuera de éste pareció darse cuenta del furor del sol. Se puso, el sombrero de un manotazo, y caminó hacia Cana Valley... sin saber que un hombre le estaba vigilando.

Un hombre que dirigió su caballo hacia el cementerio cuando todavía Ricky podía haberlo visto. Y de este modo, mientras un muchacho ya casi hombre se alejaba de la tumba de su madre, un hombre llegaba ante ella, a pie, y se quitaba el sombrero, dejando al descubierto las canosas greñas largas y ásperas.

Ante él, la lápida que marcaba aquella última morada de Helen Ferguson.

Sí. Helen había muerto... Y había muerto como ella había temido siempre: en violencia, por culpa de los revólveres, de los pistoleros, del plomo...

Los pensamientos de Rayo dieron un salto de quince años hacia atrás. Hacia tiempos mejores. Casi podía oír sus palabras, como si sus oídos les estuvieran recibiendo en aquel momento como quince años antes... Y veía a Helen, tan hermosa, joven... Estaba enfurecida con él..., y quizá tenía motivos:

—¡No quiero seguir contigo! ¡No quiero!

—¿Qué pasa? —había sonreído él—. A fin de cuentas, soy yo quien ha ganado la pelea, ¿no es así?

—¡Y estás muy satisfecho de ello, ya lo sé! ¡Acabas de matar a dos hombres, y te sientes feliz, satisfecho, fuerte...!

—Es natural: he sido más rápido que ellos.

Y había señalado los dos cadáveres, cruzado uno sobre otro, en el centro de la calle. Había mucha gente, alrededor de ellos, que no se atrevía a acercarse todavía al velocísimo pistolero, ni a su esposa, que gritaba enfurecida... y entristecida, sujetando con nerviosa fuerza la diminuta mano del niño que miraba con ojos encandilados el revólver de su padre, de nuevo en la funda..., hasta encontrarse alguien con quién pelear...

—¡Más rápido que ellos...! ¡Pero no has podido impedir que uno disparase, y que su bala haya estado a punto de matarnos a mi o al niño!

—No debías haber estado tan cerca de mí, Helen.

—Ésa es la cuestión... —había susurrado ella—. No estar cerca de ti. Tú lo has dicho. He llegado a pensar que amas a tu revólver mucho más que a mí y a nuestro hijo...

—No es cierto... ¡Te juro que no es cierto!

—Está bien... Voy a creerte por última vez. Por última vez, te lo aseguro. Si vuelve a ocurrir algo parecido...

—Helen, no soy yo... Son los otros... Ellos saben..., se enteran de quien soy, de mi fama... Vienen a buscarme... Quieren matarme, para poder decirlo por ahí... No tengo yo la culpa.

—Quizá no toda, pero sí la mayor parte. Vámonos lejos de estos lugares... Vámonos adónde nadie sepa quién eres, adonde no vengan a buscarte... Quiero que Ricky aprenda a despreciar las armas... y a quienes las usan... ¡No puedo soportar más esta clase de vida!

—Está bien... Yo te comprendo, Helen... Te comprendo. Y te juro que todo va a cambiar.

—Así lo espero... Porque si no ocurre eso, me iré de tu lado para siempre. «Aún amándote, me iré de tu lado...».

Sí. Eso había sucedido quince años atrás. Ahora, todo había cambiado. Quien más peligros había corrido, estaba vivo. Quien había querido vivir en paz, estaba muerta. Así son las cosas.

Rayo se volvió, a tiempo de ver a Ricky descrestar una lona hacia el otro lado. Y lo siguió, y lo vio entrar en el pueblo y montar en el caballo que esperaba ante la funeraria, sin mirar a los Mulberry.

\* \* \*

—No quiere hablar conmigo, papá —musitó Lucy, viéndote alejarse.

—Ni contigo ni con nadie, pequeña. Es natural.

—Pero... él me quiere... Y yo a él... ¿No crees que mi presencia le consolaría?

—Tu intención es buena, pero seguramente los resultados no lo serían tanto. Ya se ha ido, de todos modos. No podrás alcanzarlo.

—Oh, sí podría..., con el calesín.

—Bueno... Imagino que quizá tu presencia pueda alegrar más o menos a Ricky, hija. Pero la mía lo echaría todo a perder. Te estaré esperando en casa de Peter Gordon. ¿De acuerdo?

—Eres muy comprensivo, papá... Gracias.

Mulberry acarició una mejilla de la muchacha.

—No corras demasiado, pues de todos modos lo alcanzarás en su casa... Y prométeme una cosa: no insistas demasiado. Ese chico es... muy violento.

—¿Ricky? —exclamó Lucy—. ¿Ricky es violento?

—He querido decir que tiene... mal genio. Sé que es un gran muchacho, muy tranquilo... Pero tiene demasiado genio. Hasta luego:

—Eres un bromista, papá: ¡sólo a ti se te ocurriría decir que Ricky tiene mal genio!

—Conozco a las personas hace unos treinta y tres años más que tú. Y sólo te diré que celebro que Ricky Ferguson jamás haya llevado armas... Si así fuese, las cosas podrían complicarse mucho. Siempre es mejor esperar la llegada del alguacil que se ha pedido a Saint Angelo para que arregle... lo que pasó.

—¿Acaso temes que Ricky... intente algo... por su cuenta?

—¿Estando desarmado? —John Mulberry movió pensativamente la cabeza—. No. Es demasiado inteligente. Ya te digo: podemos estar contentos de que Ricky Ferguson jamás haya usado armas.

\* \* \*

Ricky Ferguson desmontó ante su casa. Ató lentamente las bridas de su caballo al porche, y luego quedó allí, como clavado en el suelo, pensativo, sombrío, mirando a todos lados, como si esperase la aparición de alguien que le recibía, que le daba la bienvenida...

Parecía que todavía oía la voz. Pero con una brusquedad dolorosa, todo desaparecía, se esfumaba ante la escena en la cual había visto por última vez a su madre, cuando había entrado en el dormitorio y había visto aquella escena de muerte y espanto.

Y por eso estaba él allí en aquel momento.

Sólo por eso.

Pareció despertar de pronto. Subió al porche, entró en la casa, y ascendió las escaleras que llevaban al pequeño desván. Ahora ya no había peligro de que su madre lo viera... Ningún peligro.

Ya en el desván, se dirigió, inclinado para no golpearse con las gruesas y redondas vigas, hacia el viejo baúl cubierto de polvo. Había polvo en todo el baúl, menos en una de las asas que servían para alzar la tapa. Era un detalle

tan insignificante que su madre jamás lo habría notado. Y de haberlo visto, no le habría concedido la menor importancia.

Pero cuando la tapa estuvo alzada, y Ricky hubo revuelto algunas de las cosas del viejo baúl, quedó al descubierto un revólver, con su correspondiente funda y cinto. No un revólver viejo, sucio y descargado, sino uno de los mejores modelos Colt, bien engrasado, con el cilindro lleno de cartuchos, brillante, impecable. Igual que la funda, y el cinto con las presillas llenas también de cartuchos...

Cerró el baúl, y abandonó el desván, llevando el cinto en una mano. Cuando llegó al comedor-cocina, oyó fuera las pisadas de un caballo. Miró por una de las ventanas y vio a Lucy, llegando ante el porche, en el calesín...

Ricky salió al porche cuando ella estaba apeándose del ligero cochecillo.

Lucy se quedó mirándole atónita, sin comprender. Absolutamente atónita, estupefacta... ¿Qué significaba aquello? ¿Realmente era Ricky Ferguson quién se estaba colocando el cinto, con aquel brillante revólver tan grande, tan negro, tan... espantoso?

—¡Ricky! —exclamó—. ¿Qué estás haciendo? ¡Pero eso es... es un... un revólver!

—Ya lo sé.

—¿De dónde lo has sacado?

—De su sitio. De un viejo baúl, donde llevo escondiéndolo hace casi cinco años. ¿Qué haces aquí?

—Yo..., yo..., yo he venido..., he venido a estar contigo, a consolarte...

—No necesito que nadie me consuele.

Bajó del porche, directo hacia su caballo. Pero Lucy Mulberry se colocó ante él, muy abiertos los ojos, asustada... ¿Aquél era el rostro de Ricky? No, no... Algo había cambiado. Había una luz... violenta en los ojos de Ricky Ferguson.

—Ricky, no te entiendo... No comprendo...

—Todo está bien claro, ¿no? Tengo un revólver, y eso lo explica todo.

—¡Nunca te había visto con él! —gimió la muchacha.

—Lo tenía escondido... Y practicaba con él cuando nadie podía verme, lejos de aquí, en las montañas... Te aseguro que sé manejarlo muy bien, después de cinco años de quemar pólvora.

Lucy retrocedió un paso, chocando con el caballo de Ricky.

—No... No, Ricky, no...

—Es mejor que te vayas de mi lado, Lucy.

—¡No! Ricky..., nos has estado engañando a todos... A todos... ¡Incluso a tu madre!

—Es cierto —crispó las mandíbulas el muchacho—. Os he estado engañando a todos. Sé disparar tan bien como cualquiera de esos pistoleros que han traído a Cana Valley. Y voy a demostrarlo.

—Pero ya..., ya han telegrafiado a Saint Angelo... Enviarán a un alguacil a por esos hombres...

—Quizá escapen antes de que llegue el alguacil.

—No, no... Nadie les ha dicho que Mike y Jess los vieron a los tres. Ellos están en el pueblo, tan tranquilos... No saben nada. Vendrá el alguacil, los detendrá...

—¿A Jim Morgan y sus pistoleros? —sonrió sarcásticamente Ricky—. No digas tonterías. Envíen a quien envíen, ellos lo matarían.

—¡Pero si tú vas a buscarlos, te matarán a ti!

—Ya lo veremos. Adiós, Lucy.

Quiso apartarla suavemente de junto a su caballo, pero ella no lo permitió. Continuaba mirándole fijamente, asustada, estremecida por el miedo y la sorpresa ante aquel desconocido muchacho. Porque Ricky parecía desconocido entonces, exactamente.

-Ricky... No vayas... Guarda ese revólver.

-Lucy: sabes que te quiero. Por eso, te pido que no te interpongas en mi camino.

-Quiero que recuerdes... Me contaste algo hace tiempo... Me hablaste de tu madre... y de tu padre. Ella tuvo que dejarlo a él, llevarte con ella lejos de tu padre, porque él era un pistolero... Lo que más aborrecía tu madre, Ricky: un pistolero. Y tú vas a empezar a serlo, si vas ahora al pueblo a buscar a esos hombres.

-Eso es distinto: tengo que vengarla...

-En el fondo, todo es lo mismo: empezarás a seguir el camino de tu padre. Eso, si no te matan, Ricky...

—¿Quieres apartarte de mi caballo?

-Eres..., eres igual que tu padre... Recuerdo muy bien lo que me contaste... Y tú, ahora, eres igual que él. Estás contento porque vas a pelear, porque vas a matar... Has estado retenido hasta ahora, pero has encontrado tu oportunidad... Tenías un revólver escondido... ¡esperando este momento, deseándolo! ¡Igual que él, igual que tu...!

¡Plaf!

La bofetada resonó fuertemente en la mejilla de Lucy Mulberry. Luego, pálido el crispado rostro, Ricky Ferguson asió de un brazo a la muchacha y la apartó de su caballo. Montó y se alejó, sin volver a mirarla, dejándola apoyada en la barandilla del porche, incrédula la expresión, una mano en la mejilla golpeada...

-Ricky... —llamó—. ¡Ricky, vuelve! ¡Vuelveeeee...!

Seguramente, Ricky la oyó, pero no le hizo caso.

Y quizá mejor que Ricky, la oyó Rayo, escondido tras la colina... La verdad era que lo había oído todo. El viento, en los espacios abiertos, tiene esa peculiaridad: lo que se habla a mucha distancia llega a algunos lugares como si se estuviese hablando allí mismo. El viento trae y lleva las palabras... Y a veces, las lleva adonde conviene.

## CAPÍTULO II

Abbott y Sims estaban jugando un mano a mano de póquer en la taberna cuando entró uno de los acobardados habitantes de Cana Valley. Parecía terriblemente asustado y, evidentemente, no estaba allí por su gusto. Sims fue quien lo vio, mirándolos fijamente a los dos.

—¿Qué demonios te pasa a ti? —gritó Sims—. ¿Nunca has visto a nadie jugando al póquer?

—Sí... Sí, señor.

—¡Pues ve a meter las sucias narices en otro sitio! ¡Largo!

—Es que... Tengo... Me han dado un recado para..., para ustedes dos... Los están... esperando en la calle... Es Ricky Ferguson. Me ha dicho..., me ha dicho que si no salen..., vendrá a buscarlos... él a los dos aquí dentro...

—¿Es una broma? —rió Abbott.

—Tiene..., tiene un revólver, y quiere que salgan ustedes...

—¿Ese mocoso tiene un revólver? —se sorprendió Sims.

—Si..., sí...

Sims se quedó, rascándose no poco sorprendido la coronilla. Abbott se acercó a una ventana de la taberna, miró hacia la calle y se quedó boquiabierto.

—Oye... Pues es verdad... Ese mocoso tiene un revólver, a la cintura. Y parece que está esperando a alguien... Y mira hacia aquí. Ven, ven, échale un vistazo... ¿Qué te parece?

Estuvieron mirándolo los dos, durante unos segundos. Por fin, Sims frunció el ceño, mirando de reojo a Abbott.

—Vaya... Parece que el chico tiene una ligera idea de cómo debe llevarse el revólver... ¿Le pego un tiro desde aquí mismo?

—No, hombre... No seas tan basto... Podemos divertirnos un poco con ese tonto... ¿Eh? ¿Qué dices?

—No es mala idea. Estoy harto de este poblacho asqueroso, donde no hay nada con lo que un hombre pueda divertirse... Vamos a ver qué es exactamente lo que quiere el mocoso.

Salieron de la taberna, sonriendo pérfidamente.

Delante de la taberna, y un poco calle arriba, estaba Ricky Ferguson, a una distancia que ya permitía el uso del revólver. Apenas verlos aparecer empezó a caminar hacia ellos. Llevaba el sombrero bien encasquetado, con las alas ofreciendo una buena, sombra a los ojos. La mano derecha colgaba muy cerca del reluciente revólver...

En las aceras, los vecinos de Ricky Ferguson, que habían estado mirándolo tensos de curiosidad, se esfumaron en cuanto Abbott y Sims salieron a la calle, mirando hacia el muchacho. Bajaron a la calzada, quedaron plantados allí, y Ricky los imitó, a unas cincuenta yardas escasas.

—¡Hey, chico! —gritó Sims—. ¿Qué demonios quieres?

Ricky Ferguson no contestó. Se acercó un poco más a los dos pistoleros, caminando muy despacio, siempre la mano derecha amenazadoramente cerca de su revólver.

—Oye, mocoso, que te estamos hablando...

—Te vamos a meter una docena de balas en la barriga si no contestas pronto, nene.

Abbott se echó a reír al oír las palabras de Sims. Estaba de muy buen humor, evidentemente. Sims también rió, porque le hacía gracia el modo de reír de Abbott, y porque la situación, en verdad, le divertía... Y estaban riendo los dos, achicados los vigilantes ojos, cuando apareció un jinete.

Apareció, simplemente. De pronto, como si hubiera estado escondido bajo tierra... Pero no era así. Salió de una de las estrechas bocacalles laterales a la principal... Y casi al mismo tiempo, apenas con una diferencia de tres segundos, el calesín que gobernaba Lucy Mulberry aparecía también, en el extremo de la calle.

Ricky Ferguson, sin poder dominarse, miró hacia allí, mientras Abbott y Sims miraban furiosamente al desconocido jinete, que tras interponerse entre ellos y el muchacho, los miraba fijamente, con un frío sarcasmo en sus negros ojos, con una helada ironía que por un instante pareció congelar a los dos pistoleros.

Sims fue el primero en reaccionar.

—¡Quítese de en medio! —gritó.

El jinete sonrió. Detrás de él, Lucy había detenido el calesín, y miraba como hipnotizada la escena. Ricky, tras mirarla a ella, había vuelto de nuevo su atención hacia los dos pistoleros, pero tuvo que desviarla hacia el desconocido. Y como se interponía entre él y ellos, se desplazó un poco hacia la derecha, buscando terreno despejado...

Pero el jinete, que parecía haber estado esperando precisamente aquello, obligó a su caballo a caminar, siempre interponiéndose entre el muchacho y los pistoleros..., y sin dejar de mirar a éstos ni un instante, con una fijeza desprovista ahora de toda expresión.

—Tienen un segundo de tiempo para sacar sus pistolas —dijo de pronto.

Así, llanamente, sin dar importancia a sus palabras, con una indiferencia tal, que Sims y Abbott, mucho más experimentados que Ricky Ferguson, comprendieron en sólo medio segundo que aquel hombre, no sabían por qué, iba a intervenir en la pelea...

Y decidieron, simultáneamente, aprovechar el medio segundo que les quedaba.

¡Pero medio segundo es tan poco tiempo...!

Fue casi divertido. Casi cómico. Eso, durante un instante, ya que enseguida la tragedia quedó patente en medio de la calle principal de Cana Valley.

Sims consiguió sacar su revólver, pero fue un esfuerzo inútil. Apenas la punta del cañón había salido de la funda, recibió el primer balazo, en el centro del pecho, y saltó hacia atrás, como derribado por un huracán... O por un rayo. Rebotó grotescamente, y, de un modo inverosímil, quedó de nuevo en pie, brotando de su garganta un profundo ronquido.

Abbott ya estaba muerto para entonces, porque antes siquiera de que hubiera tocado su revólver, la segunda bala disparada por el jinete, dio de lleno en su corazón, empujándolo también... Pero Abbott no cayó, sino que quedó de rodillas, vuelto de espaldas a su matador, con la cabeza alzada, vidriándose rápidamente sus ojos... Y quizá todavía pudo ver a Sims saltar de nuevo hacia atrás, cuando la tercera bala disparada por Rayo le dio de lleno, en la frente, alzándole algunas pulgadas sobre la espesa capa de polvo de la calzada... O quizá no lo vio... ¿Quién sabe?

A fin de cuentas, él era el único que podía saberlo. Y en tal caso, ya se lo diría a su compañero, ambos camino del infierno, empujados por el rayo que acababa de descargar sobre Cana Valley... Un rayo fulminante, cegador en su velocidad, aterrador en sus resultados... En un solo segundo, quizá uno y medio, tres balas habían brotado de aquel revólver, casi juntas, como formando un solo rayo de muerte.

Y después de eso, nadie se movió en Cana Valley durante unos segundos.

El primero en hacerlo fue precisamente Rayo, que desmontó y se acercó a los caídos. Abbott estaba caído de bruces y el jinete le dio la vuelta, pasándole la punta de una bota bajo un hombro. Miró con absoluta indiferencia los

cristalizados ojos. Luego se acercó a Sims, que yacía cara al cielo azul, lleno del cegador sol tejano. También estaba muerto.

Y eso era todo.

El segundo personaje en reaccionar fue Ricky Ferguson, que se acercaba ya agresivamente hacia el forastero, fruncido el ceño, prietas las mandíbulas, hosca la expresión...

El tercero fue Lucy Mulberry, que corría por el centro de la calle, hacia el muchacho, llamándolo desesperadamente. Y como corría, llegó junto a él justo cuando Ricky se detenía ante Rayo.

—Ricky... —jadeó—, Ricky, ¿estás bien? ¿Estás bien?

El muchacho la apartó rudamente y se quedó mirando al parsimonioso forastero, que estaba recargando el revólver como si estuviese solo en el mundo.

—¿Quién le ha metido en esto? —casi gritó Ricky, hinchadas las venas de su cuello—. ¿Eh? ¿Quién?

Rayo acababa de recargar el revólver, miró al muchacho, luego a Lucy, y de nuevo a Ricky, casi sonriendo amablemente.

—Me pareció que debía hacerlo —explicó.

—¿Por qué? —gritó Ricky—. ¿Alguien le llamó? ¿Alguien le pidió ayuda, o cualquier otra cosa?

—Admito que no. Es un vicio que tengo. Lo siento.

—¡Lo siento! —dijo ahora el muchacho—. ¡Le voy a...!

Evidentemente, se abría abalanzado contra Rayo, de no intervenir nuevamente Lucy, que se abrazó a Ricky con todas sus fuerzas.

—¡Ricky, no pelees con él; te ha ayudado...!

—¡Nadie se lo pidió!

—¡Te habrían matado! ¡Esos dos hombres te habrían matado!

—¡A nadie tenía que importarle eso! ¡Sólo a mí!

Desde una de las casas llegaban corriendo varios hombres, al frente de los cuales destacaba el fornido John Mulberry, que apenas llegar se apresuró a engrosar el muro que separaba a Rayo del irritado muchacho... Los demás, ahora ya rodeados de la gente del pueblo, que se decidían a salir de sus escondrijos, estaban examinando los dos cadáveres..., mientras un jinete, haciendo todo lo posible por pasar desapercibido, montaba en su caballo y galopaba hacia la salida del pueblo. Un jinete menudo, mugriento, de ojos diminutos y crueles...

—Están muertos los dos, John —dijo Peter Gordon.

Mulberry, todavía interpuesto entre Ricky y Rayo, se quedó mirando fijamente al último.

—Ha sido una magnífica... actuación, señor..., señor...

—Pueden llamarme Rayo. ¿Hay algún hotel decente en este pueblo miserable?

—Rayo... —musitó Mulberry—. No..., no es posible...

—¿Hay hotel o no?

—¿Piensa quedarse en Cana Valley?

—Eso no es cuenta suya, amigo.

—No... Bueno, quizá sí... ¿Sabía usted que esos dos hombres trabajaban para Jim Morgan?

—¿De qué habla...? —gruñó ásperamente Rayo—. Ni sabía eso, ni me importa en absoluto.

—¿Entonces..., no ha venido contratado por Jim Morgan?

—Me está usted fastidiando con tantas preguntas. Sería mejor que contestase a la única que yo le he hecho: ¿hay o no hay hotel aquí?

—Lo hay... Hay un hotel bastante confortable para un jinete que parece haber cabalgado mucho... Un hotel confortable... y gratuito, Rayo.

—¿Un hotel gratis? —alzó las cejas el pistolero—. Nunca lo había oído.

—Puede ser gratis para usted... Y si no está demasiado cansado, quizá querría escuchar una proposición aún mejor que la de alojamiento gratis.

—¿Me está ofreciendo un empleo?

—Mi nombre es John Mulberry... ¿Quiere que charlemos unos minutos? Estoy seguro de que llegaremos a un acuerdo. Mientras tanto, ordenaremos que le preparen un baño en el hotel; y comida... Y la mejor habitación.

—Bien... Es una oferta tentadora. Diga lo que sea.

—Aquí, no. Iremos a la casa de Peter... Éste es Peter Gordon. A los demás, ya los irá conociendo. ¿Vamos?

Rayo miró a Peter Gordon, un tipo flaco, de largos bigotes grises y mirada mortecina. Ni siquiera, hizo el menor gesto de saludo, y Gordon, que parecía a punto de adelantar la mano, se mordió los labios y se balanceó sobre las puntas de los pies.

—Les escucharé... No pierdo nada con ello.

—Yo no estoy de acuerdo... —masculló Ricky—. Ya tenemos contratados a dos pistoleros que de nada sirven y...

—Muchacho, Rayo no es un pistolero cualquiera... Él solo puede pelear más y mejor que seis de los pistoleros de Morgan. Tú sabes muy bien cuál es la fama de Rayo en todo Texas... E incluso fuera de Texas.

—He oído hablar de él, es cierto... ¿Y qué? No lo necesitamos.

Mulberry miró disgustado a Ricky.

—Mira, Ricky... Nosotros no estamos acostumbrados a pelear... No sé qué significa ese revólver en tu cintura, pero los demás ni siquiera sabríamos cargar un revólver...

—Además —intervino Gordon—, si Morgan ha contratado pistoleros, nosotros también podemos hacerlo.

—Todos son iguales... —deslizó fríamente Ricky—. Todos los pistoleros de alquiler son exactamente iguales: unos cobardes asesinos.

Rayo se volvió y se quedó mirando al muchacho. Los demás quedaron petrificados por el espanto, mirando a Ricky como si éste fuera ya cadáver. Lucy se apretó contra él, mirando desfavorida los fríos ojos negros del forastero.

—Es cierto... —murmuró Rayo, tras unos segundos de tensión general—. Pero siempre encontramos quien necesita... asesinos a sueldo. De todos modos, no he pedido a nadie que me contrate, de manera que...

—Vayamos a casa de Peter... —insistió Mulberry—. Allí podremos charlar tranquilamente.

Se alejaron todos hacia allí, en grupo, rodeando a Rayo. Entraron en la casa, y luego en la salita, donde habían estado reunidos antes de que empezasen los disparos... Sentados cómodamente en el sofá, había dos hombres de espesas barbas y gestos desabridos, que miraron con escaso interés a Rayo.

—Éstos son Isaac y Perry... —presentó Mulberry—; ya están contratados por nosotros... Siéntese.

Rayo pareció no haber oído; permanecía en pie, mirando con evidente frialdad a los dos pistoleros. Isaac, a su vez, lo señaló despectivamente con el pulgar:

—¿Quién es éste? —inquirió.

—Si acepta, lo vamos a contratar... Es Rayo.

Los dos pistoleros se irguieron un poco. De sus ojos desapareció la despectiva expresión, y una luz de alerta, casi de alarma, brilló en las frías pupilas.

—¿Rayo? —musitó Perry—. Espero que no sea una broma, señor Mulberry.

—Sabrían que no es una broma si le hubieran visto disparar, en lugar de quedarse aquí, mientras uno de los nuestros estaba a punto de morir a manos de dos de los hombres de Morgan.

—Nadie pidió nuestra ayuda, ¿no es cierto? —espetó cínicamente Isaac.

—Ustedes deben saber cuándo es su turno de trabajar. No hace falta que nosotros se lo indiquemos. Llevan tres días aquí, comiendo y cobrando, y nada han hecho. En cambio, Rayo, apenas llegar, nos ha quitado de en medio a dos de los hombres de Morgan.

—Pura suerte. Si lo que quiere es que vayamos nosotros a buscar pelea ya puede despedir a Rayo. No le necesitamos para nada...

—Seguro... —rió un agricultor—. Ustedes dos van a atreverse a ir a la vieja misión a pelear con los de Morgan. ¡Eso sería digno de verse!

—¿Acaso él va a ir? —señaló Perry a Rayo.

—Todavía no ha aceptado trabajar con nosotros... ¿Qué dice usted, Rayo?

—Depende... —deslizó fríamente el pistolero—. Según lo que me paguen y lo que esperen de mí. ¿Quién es ese Morgan?

—Jim Morgan... Apareció aquí hace algunas semanas, y se empeñó en comprar tierras. Nadie quería venderlas, y entonces hizo venir a unos cuantos pistoleros, con los que se dedica a asustar a los más débiles de nosotros...

—¿Les roba las tierras?

—No, no... Las paga... a un precio miserable. Y el que se resiste a vender, recibe una desagradable visita muy... convincente. Ya son seis los pequeños agricultores que se han marchado, dejando sus tierras en manos de Morgan... Y estamos dispuestos a que la cosa no siga adelante.

—Ya entiendo... ¿Para qué quiere él las tierras?

—¿Para qué? —los agricultores cambiaron miradas entré si—. ¿Para qué pueden quererse unas tierras, sino para trabajar en ellas?

Rayo miró a Mulberry como si estuviera dispuesto a decirle que era un imbécil.

—Claro —susurró, con suave ironía—: ¿para qué pueden quererse unas tierras, sino para trabajarlas? ¿Es agricultor ese Morgan?

—Es un peligroso pistolero... Pero quizá esté pensando en apoderarse de todo el valle para explotarlo él solo...

—O quizá piense traer ovejas —gruñó otro agricultor.

Rayo dejó de mirar irónicamente a unos y otros. Su mirada quedó un instante fija en uno de los presentes, un hombre tan alto y recio como Mulberry, de cabellos casi completamente blancos, rostro cuadrado y firme, con una pequeña cicatriz junto a la comisura derecha de la boca. El otro desvió la mirada, y Rayo miró nuevamente a Mulberry.

—Creo que entiendo el problema de ustedes... ¿Cuánto me pagarán?

—Pues... ¿qué le parecen... diez dólares diarios... y el gasto del hotel?

—¡Eh! —exclamó Isaac—. ¿Qué dice usted, Mulberry? ¿Por qué a él diez dólares... y a nosotros sólo cinco?

—Mire, Isaac —refunfuñó Mulberry—: igual que usted y Perry, llegarán pronto ocho o diez pistoleros a Cana Valley. Uno de nuestros amigos fue a Santone a contratarlos... Como ustedes, ya le digo, hay muchos... Y cuando lleguen los demás, todos estarán a las órdenes de Rayo.

—¿Por qué? —gruñó Perry.

—Quizás el señor Mulberry sabe distinguir, Isaac —dijo con engañosa amabilidad el propio Rayo.

—¿Sí? ¿En qué? Todavía no sabemos si usted merece la fama que tiene... Sepa que no nos asusta, Rayo, por mucho que hablen de su rapidez..., y aunque haya matado a dos desgraciados. En cuanto a la buena vista del señor Mulberry, no será tanta cuando permite a su hija ir con ese mocoso que pretendía hacernos creer que iba a pelear.

Mulberry enrojeció. Ricky Ferguson, que se había quedado en la puerta, huraña la expresión, se apartó rápidamente de Lucy, adelantando hacia el centro del grupo. Pero, como poco antes, Rayo se interpuso en su camino, en sus intenciones...

—No se acaloren, muchachos —deslizó—; si peleamos entre nosotros el único beneficiado será Jim Morgan... ¿No es así?

—¿Por qué no se calla de una vez? —le espetó Ricky, irritado—. Apenas ha llegado usted aquí y ya cree que puede dirigirlo todo... Y ni se le pedirá, porque usted no es más que otro pistolero.

—¡Bien! —rió Perry—. El muchachito enamorado de una flor de diecisiete años no es tonto como parece...

—Cuidado con lo que dice, Perry —masculló sordamente el muchacho—. No me gustan sus palabras, y mucho menos el tono que emplea.

—Mira, pequeño, no tengo tiempo de escucharte... Y procura no molestarme demasiado, porque a fin de cuentas, tú no me pagas, ya que te opones a que nos contraten...

—De manera que si nos fastidias mucho... —Isaac se pasó un dedo por la garganta, como si fuese un cuchillo—. ¡Raaaaaaásss!

—Ya está bien —cortó furiosamente Mulberry—. Creo que será mejor que salgan a dar un paseo, Isaac. De paso, podrían vigilar por si sucediese algo... importante.

—Oh, sí —Isaac y Perry caminaron hacia la puerta, desagradables, irónicos—. Vigilaremos bien la linda flor, y al abejorro que quiere libarla... ¡Ji, ji, ji...!

Salieron antes de que Ricky pudiera reaccionar lo bastante rápido para zafarse de Lucy, que parecía no perderlo de vista ni un segundo. La muchacha se aferró a su brazo y Ricky decidió no insistir más en buscar camorra... o en aceptarla.

—Ya te dije que tiene demasiado mal genio —farfulló Mulberry, mirando a su hija—. ¿De dónde has sacado ese revólver, Ricky?

—Eso es cuenta mía, no de usted.

—Estás contestando igual que Rayo... —replicó Mulberry, con desagrado—. Y tú no eres él, no lo olvides.

—Afortunadamente —aceptó Ricky—. Ya ha visto a esos dos. Son unos... cerdos. Usted parece no considerarse igual que ellos, Rayo. ¿Por qué?

—Creo que te falta un poco de vista, muchacho... Cosa que se arreglará con el tiempo, espero. ¿De veras crees que yo soy de la misma talla y calaña que Isaac y el otro, por ejemplo?

Peter Gordon decidió cortar la conversación entre Rayo y el muchacho:

—¿Cuál es esa solución que se le ha ocurrido, Rayo?

—Simple: matar a Jim Morgan... Y todo habrá terminado.

Ricky crispó las mandíbulas, adelantó un paso, y pareció clavar su dedo índice en el pecho de Rayo.

—Atrévase a quitarme también, a Morgan... y yo acabaré con usted.

Dio media vuelta, furiosamente, y salió de la casa. Rayo lo vio salir, inmóvil, inescrutable la expresión. Luego se volvió a Mulberry, interrogante.

John Mulberry inclinó la cabeza, pesaroso.

—Tiene qué perdonar al muchacho, Rayo... —musitó—. Jim Morgan y esos dos hombres que usted ha matado antes, forzaron y asesinaron ayer a su madre... La hemos enterrado hace apenas una hora.

La mirada del pistolero profesional pareció chocar, brevemente, con la del hombre de los cabellos blancos y la cicatriz junto a la boca.

—Entiendo... Y comprendo a ese muchacho... Pero no a ustedes. Si todo el pueblo sabía quién había hecho... eso, ¿cómo permitían que esos tres hombres estuviesen... vivos?

Hubo un movimiento general de inquietud, de embarazo.

—Bueno:... Las cosas no son tan fáciles para nosotros como para usted. Ninguno de nosotros sabe manejar el revólver, y Morgan tiene una docena de hombres a sus órdenes... Pusimos un telegrama a las autoridades de Saint Angelo. Esperamos que enviarán pronto un alguacil para arreglar esto... Además, Morgan no está en el pueblo.

—¿Dónde está? —musitó Rayo.

—No sabemos... Parece ser que ayer tarde se disponía a emprender un viaje. Salió del pueblo... y se le espera para esta noche.

—Está bien. De todos modos, esos dos hombres a los que he matado, se estaban riendo de ustedes, con todo descaro... Asesinan a una mujer y se atreven a estar aquí, entre todos ustedes...

—Ellos ignoraban que nosotros lo sabíamos... —intervino Peter Gordon—. Mike y Jess —los señaló—, los vieron cuando salían de la casa de Ricky. Nos lo dijeron a todos nosotros, pero hemos callado.

—¿Por qué motivo?

—Para evitar que escaparan... O que quisieran matar a Mike y Jess, pues son los únicos testigos.

—Ya veo... De todos modos, parece que no es valor lo que sobra en este pueblo, señores.

—No somos gente de pelea —musitó Mulberry.

—Ustedes, no, ya se ve. Pero sí ese chico del revólver.

—Lo matarán si sigue por ese camino.

Rayo se pasó la lengua por los labios.

—Sí... Es cierto... Lo matarán si sigue por ese camino.

—Es extraño lo que ha sucedido con Ricky... —murmuró Gordon—. Se ha pasado la vida desarmado, despreciando a los pistoleros... Incluso es contrario a que nosotros los contratemos, no quiere saber nada de eso... Y, de pronto, aparece con un revólver... ¿De dónde lo habrá sacado?

—Eso se solucionará más adelante, Peter —encogió Mulberry los hombros—. Bien, Rayo, ¿acepta el empleo? No es necesario que ataque, basta con que esté dispuesto a acudir allá donde Morgan y sus hombres quieran imponerse una vez más por el miedo... ¿Acepta?

—Diez dólares diarios, comida, buen alojamiento... Acepto. En cuánto a Morgan...

—¿Se atrevería... a matarlo?

—Si lo pagan bien, desde luego. Es mi trabajo, ¿no?

Se hizo un espeso y tenso silencio... Y se habría prolongado desagradablemente si Lucy, que había salido tras Ricky, no entrase de nuevo en la sala, con expresión asustada, inquieta.

—Papá, Ricky ha entrado en la taberna...

—Está bien. Ahora iremos a...

—¿Por qué no dejan en paz al muchacho? —murmuró Rayo—. Él tiene derecho a tener sus propias ideas y pensamientos.

—Queremos evitar que cometa locuras, eso es todo. Ricky es muy querido por todos nosotros, Rayo. No quisiéramos verlo muerto.

-Ya evitaremos eso —sonrió Rayo—. Me voy al hotel, a bañarme y a comer algo. Hasta luego.

Se tocó el ala del sombrero con dos dedos, y abandonó la casa.

Mulberry, Gordon y algunos más fueron hacia la ventana y lo vieron caminando por la acera de tablas, hacia el hotel.

-Hemos hecho una buena adquisición... —murmuró Mulberry—. ¿No os parece?

-Pero quizá traiga complicaciones —dijo Gordon—. No olvidemos que Rayo ha matado a dos de los hombres de Morgan. Y que nosotros, excepto a Rayo, sólo tenemos a dos inútiles.

-Bueno... Morgan no está en el pueblo, de modo que sus pistoleros no van a tomar decisiones sin él... Supongo...

Se quedaron mirándose unos a otros, súbitamente preocupados. Era demasiado suponer, desde luego. Una cosa era que la docena de pistoleros de Jim Morgan no actuasen por su cuenta en los asuntos de las tierras, y otra cosa muy distinta era tener la esperanza de que permanecerían alejados del pueblo después de saber que habían matado a dos de sus compañeros.

Era mucho suponer.

-Bien —dijo el hombre de la cicatriz—. De todos modos esos hombres no saben aún lo sucedido.

-Lo sabrán pronto —susurró Gordon—. Vi a uno de ellos salir del pueblo a todo galope, poco después de que Rayo matara a Sims y Abbott.

Nuevo cambio de inquietas miradas.

-Está bien —murmuró Mulberry—. Vamos a permanecer unidos, por si ocurriese algo.

-Nos conviene: el pistolero que salió de aquí, ya debe haber llegado a la vieja misión.

## CAPÍTULO III

El jinete menudo y mugriento, de diminutos ojos crueles, llegaba en aquel momento ante los gruesos muros todavía blancos de la vieja misión derruida y abandonada. Solamente el campanario permanecía en su sitio..., pero sin campana. Cobijados a la sombra del muro que más altura había conservado, se veían algunos caballos. Y diseminados por el resto de los espacios sombreados, unos cuantos hombres... Siete, exactamente. La mayoría tumbados y con botellas de *whisky* junto a ellos.

—Ahí llega Spencer —dijo desganadamente uno.

Nadie contestó. Algunos ni siquiera miraron hacia el recién llegado. Llegaba Spencer... Bueno, ¿y qué? ¿A quién le importaba eso?

Todos parecían cortados por el mismo patrón: barbudos, sucios, vencidos por la pereza y el aburrimiento... Eran como un grupo de alimañas vestidas más o menos humanamente. Cerca de ellos se veían los platos de cinc en los que habían comido hacía ya dos horas; había restos de comida en ellos y por el suelo. Un enjambre de moscas, y algunos enormes tábanos habían dejado en paz a los caballos para aprovechar la ocasión de mejor pitanza. En el ardiente silencio de la tarde se oían sus zumbidos furiosos, yendo de un desperdicio a otro. De cuando en cuando, el patear de uno de los caballos. Aisladamentem algún piafe... Sillas de montar, mantas, cantimploras, colillas, botellas de *whisky* vacías, escupitajos de tabaco de mascar sobre algunos adobes, lagartos, alacranes, sol abrasador... Y siete empleados de la Muerte.

Todo sucio, todo siniestro en su descuido.

En un rincón, una fogata ya casi consumida, con un gran pote de hojalata sobre las brasas. Carne de horca. Todos iguales.

¿O quizá no?

Había dos hombres que no parecían iguales a los demás.

Uno de ellos, por su atuendo mexicano. Era rollizo, brillante el rostro por la grasa, que derretía el calor. Muy moreno, casi tirando a negro. Llevaba un

pendiente en una oreja... Un pendiente que había sido hecho con una moneda de oro mexicana. Se llamaba Lorenzo, y eso era todo.

El otro se distinguía de los demás por sus larguísimas piernas, y porque, a pesar de estar tan barbudo como todos, parecía un poco menos sucio. Y porque era el único que ni bebía ni fumaba. Estaba recostado en un punto del muro, con el sombrero echado sobre el rostro y las grandes manos morenas y nervudas sobre el prieto estómago. Todo lo que se veía de su rostro era la feroz y encrespada barba rubia, de no menos de dos semanas. Los demás, con mayor o menor interés, miraron a Spencer. El no. Debía estar durmiendo la siesta.

Spencer se dirigió a la fogata, cogió uno de los potes de hojalata y se sirvió café del gran pote que había en el fuego casi apagado. Bebió un sorbo, hizo un gesto de repugnancia y tiró el café a un lado. Luego cogió la botella de *whisky* del más cercano de sus compañeros, bebió un trago mucho más largo y sabroso, y cuando bajó la botella, su expresión era en verdad satisfecha y feliz.

Y así, con esa expresión satisfecha y feliz en su maligno rostro, informó:

—Han liquidado a Sims y Abbott. Pam, pam..., pam. Y los dos muertos.

Uno, llamado Smith, bebió un trago de su botella. Luego, estiró los brazos, bostezando, ruidosamente.

—Bueno... Habrá que ir allá, ¿no?

—Psé —dijo Colter.

—Pero luego luego... —dijo Lorenzo—. Ahora hace demasiado sol... ¿No que sí, cuates?

La conversación decayó durante algunos segundos. Después, Simons preguntó:

—¿Cómo ha sido? ¿Los cazaron esos dos desgraciados de los agricultores?

—¿Perry e Isaac? —rió Spencer—. No... No han sido ellos. Fue un hombre solo. Y los mató de frente, a la brava... ¿No se dice así, Lorenzo?

—Así mesmito, cuate. ¡A la brava! ¡Ay, qué bueno!

—Uno solo, ¿eh? —sonrió Smith—. Pues aún lo tenemos más fácil. ¿Qué tal si vamos allá y lo colgamos cabeza abajo de un roble de la plaza de Cana Valley...?

—Y luego podríamos escupirle en los ojos —rió O'Hara.

—Buena idea.

—Yo tengo otra que tampoco es mala —deslizó Logan—: lo colgamos cabeza abajo, le peinamos los rizos con *whisky* abundante, y luego le

prendemos fuego a la cabeza...

—¡Bien...! —bostezó Martins—. Para esa diversión, no creo que me guste esperar demasiado tiempo. ¿Vamos ya?

—Todavía quedan muchas horas de sol. Y no soportaría tanto rato el aburrimiento. Vamos ya.

—No corráis tanto —rió sarcásticamente Spencer.

—Aquí, el que menos corre es Uriah —señaló al durmiente patilargo—. Se pasa la vida así.

—Vámonos y lo dejamos —rió Lorenzo—. Que se fastidie.

—Uriah tiene malas pulgas —recordó Simons—. Quizá se fastidiara demasiado si le privamos de una diversión tan buena.

—Espera, Smith, espera —insistió Spencer—. Antes de ir allá, es mejor que sepáis quién es el hombre que ha liquidado a Sims y Abbott.

—¿Lo conoces?

—Lo vi hace un par de años, en El Paso, en una pelea con otro tipo... Algo serio. El otro no tuvo tiempo ni de pensar en que iba a morir... Pam: una sola bala, y listo. Igual que con Sims y Abbott... Si gastó tres plomos fue porque quiso.

—¿Los mató a los dos juntos?

—Seguro... Y desde el caballo. Como si nada. Les dijo que les daba un segundo para sacar sus pistolas, y de pronto... Zis, zas, zis... Los dos muertos. Como si nada.

—Un fenómeno, ¿eh? Pues de todos modos, vamos a lincharlo cabeza abajo.

—Espera —dijo Martins—. ¿Cómo se llama ese tipo?

Spencer emitió una risita burlona.

—Rayo.

En la sofocante tarde pareció nacer, de pronto, un viento helado, que congeló las lenguas de los pistoleros. Fue casi, casi, como si un rayo hubiera descargado de pronto entre ellos.

Y como contrapartida, el único que reaccionó entonces fue el durmiente. Movi6 una mano, se quit6 el sombrero de sobre la cara, y pregunt6:

—¿Rayo..., el tejano?

—No hay otro —dijo Spencer—. Que yo sepa, al menos.

—Es cierto —sonrió Uriah Harrison—. No hay más que un Rayo. ¡Qué bien!

Rió un poquito, como divertido. Efectivamente, estaba un poco más aseado que los demás. Parecía más varonil, más fuerte... y más amable al

mismo tiempo. Tenía los ojos claros, los cabellos rubios y greñudos, la boca grande y fume, el mentón saliente, agresivo. Llevaba un solo revólver, a la izquierda, con las cachas blancas. Su aspecto resultaba simpáticamente feroz.

—¿Qué es lo que te parece bien? —gruñó Smith.

Uriah Harrison bostezó simpáticamente, achicando los ojos, que miraron brevemente a Smith, con un extraño destello burlón. Se puso en pie, sin contestar, desperezándose. Luego se rascó furiosamente las greñas y caminó hacia el fuego. Se sirvió café, acuclillándose. Lo probó, torció el gesto, se puso de nuevo en pie, y se volvió hacia sus expectantes compañeros de empleo.

—Dejaremos tranquilo a Rayo —dijo, de pronto—. Es mucho para vosotros. Y Morgan dijo que nos portáramos bien durante su ausencia.

—Oye..., ¿quién te has creído que eres? —masculló Smith.

—¿Yo? Uriah Harrison... ¿No?

Algunos soltaron una risita. Smith apretó los labios, y frunció aún más el ceño.

—Eres muy gracioso... Pero Morgan dijo que yo quedaba al mando de esto, cuando se fue ayer. De manera que si yo digo que vamos allá, todos vamos allá.

—¿Todos? Creí que pensabas dejarme aquí, durmiendo.

—Ya veo que no dormías...

—Smith: para que tú me pilles durmiendo tiene que llover *whisky*...

—¡Hey! —gritó Logan, riendo—. ¡Esa sería una buena idea!

Los demás también rieron. Uriah resultaba simpático, estaba bien claro. Pero no a Smith, que se acercó más a él, hosco el gesto.

—No se trata de eso ahora, sino de ir a buscar a Rayo.

—¿Queréis morir, perros? —sonrió humorísticamente Uriah.

Nuevas risas.

—¿Por qué hemos de morir? —farfulló Smith—. Sé muy bien la fama que tiene Rayo. Pero eso es cosa que tendría que demostrármelo a mí.

—Eres tonto —pareció asombrarse Uriah; y bebió otro sorbo de café del pote de hojalata—. Completamente tonto, Smith. En un solo segundo el Rayo puede lanzar una descarga mortal... para varios de vosotros.

—¿Y para ti no? —ironizó Smith.

—¿Quién sabe? Lo sabremos más adelante.

—No lo sabremos más adelante, sino dentro de muy poco. Iremos todos a por Rayo. Y si es necesario, lo llenamos de plomo por la espalda. Ese tipo tiene que morir.

—No te precipites. ¿Y si todo ha sido un error, y ahora aceptaría trabajar con nosotros? Sería una buena adquisición, ¿no es cierto?

-Escucha, tejano —masculló Smith—: tú has sido el último en llegar al grupo, de modo que cierra la boca. Yo diré lo que se tiene que hacer o dejar de hacer.

-Claro... Claro, Smith —asintió Uriah, sonriente—. Pero no iremos a por Rayo. Lo digo yo. Tomaré más café. Es malo, pero...

Se volvió hacia la fogata, evidentemente dispuesto a repetir del turbio café... Pero Smith estaba viendo que la autoridad que Jim Morgan le había concedido estaba quedando muy malparada, y adelantó un paso, asió a Uriah de un brazo...

—¡Si yo digo...!

No pudo acabar.

Uriah Harrison movió duramente hacia atrás el mismo brazo que Smith sujetaba, y el codo se hundió en el estómago del irritado pistolero, que se inclinó, soltando un bufido de dolor y sorpresa... Y todavía estaba inclinado cuando Uriah le golpeó en plenas barbas con el pote de hojalata, con tal fuerza que lo derribó de espaldas, encima de dos de los platos, sucios, llenos de moscas y tábanos.

Todo el mundo quedó petrificado, incluido Smith... y excluido Uriah Harrison, que se quedó mirando consternado el abollado pote de hojalata. Parecía como si no hubiese hecho nada, tranquilo...

-Demonios; Smith... Tienes la cabeza muy dura, ¿eh?

Los demás optaron por soltar una risotada... cosa que irritó considerablemente a Smith. Y aprovechando que Uriah, con más calma que una piedra, parecía dispuesto a volverse para servirse más café, llevó la mano a su revólver y...

Y se encontró con que Uriah Harrison tenía ya en la mano el suyo, apuntándole con la mano izquierda por debajo del brazo derecho, en alto el pote de hojalata, medio vuelto de espaldas a él.

De modo que Smith se quedó quieto.

-Adelante —susurró Uriah, risueño—. Adelante, Smith, puesto que te gusta hacer pronto las cosas.

Smith permaneció inmóvil unos segundos. Se pasó la lengua por los labios, miró el revólver de Uriah, luego los claros ojos del rubio patilargo... Y retiró lentamente la mano de la culata de su revólver.

-Inteligente decisión, Smith —aprobo amablemente Uriah—. Ya te dije que para pillarme durmiendo a mí, tenía que llover *whisky* —movió el pote de

hojalata, luego miró al cielo, miró por último dentro del pote y repitió—: Pues no, señor: no llueve *whisky*. De manera que tomaré café.

Guardó el revólver, mirando maliciosamente a Smith. Luego le volvió ostentosamente la espalda, para volver junto al fuego. Siempre vuelta la espalda hacia Smith, se sirvió café, dejó la cafetera de nuevo en el fuego, bebió un sorbo, se puso en pie...

Se volvió entonces.

-Peste de café —gruñó—. Creo que iré a Cana Valley a comprar un saco del bueno... Y he dicho iré... no iremos. Eso quiere decir que yo voy a Cana Valley. Esperadme aquí.

—¿Puedo ir contigo, Uriah? —pidió Lorenzo.

-No, no... Demonios, Lorenzo, cada vez que veo tu cara tengo la impresión de que estoy durmiendo... y sufro pesadillas. Eres feo, demonios.

—¡Ya lo sé! —rió Lorenzo.

-Pues quédate aquí —tiró el pote, cogió su silla de montar y la colocó sobre su caballo; encinchó rápidamente, montó y se volvió hacia el grupo mirando de un modo especial a Smith, que continuaba en el mismo sitio, torva la expresión—. Y tú también, Smith. ¿Está claro? Todos quietecitos aquí.

Se echó el sombrero hacia delante, se encorvó sobre la silla de montar como si ésta tuviera respaldo, y dio un par de taconazos al caballo, que inició una marcha cansina.

«¡Oh oh ooh Texas, Texas, Texas My darling land of Texas...! ¡Oh oh ooh Texas, Texas, Texas...!».

No debía saber el resto de la canción, porque dejó de cantar y continuó por medio de silbidos, que se fueron debilitando a medida que cabalgaba hacia Cana Valley.

## CAPÍTULO IV

Isaac y Perry estaban sentados en los escalones del porche de la taberna cuando empezaron a oír el silbidito, muy débilmente: Luego, vieron al jinete que entraba por la punta norte de la calle de Cana Valley, colocado sobre la silla con tal comodidad que parecía que estuviera ocupando un trono hecho a la medida. No podía ver el rostro, porque lo tapaba casi completamente el sombrero.

Estuvieron mirando al jinete hasta que éste detuvo su caballo ante el almacén del mexicano Fermín. Entonces dejó de silbar, cantó lo de: Oh oh ooh Texas, Texas..., y se echó el sombrero hacia atrás, para desmontar pasando la pierna derecha por encima del pomo de la silla...

—Es uno de los hombres de Morgan —musitó Isaac.

—¿Uno? No seas estúpido: es Uriah Harrison.

—¿Y qué? Si lo matamos, vamos a demostrar a esos agricultores que también nosotros merecemos los diez dólares diarios.

—¿Matar a Uriah Harrison? —dijo Perry—. ¿Estás loco? No me enfrentarla a él ni aunque yo fuese el mismísimo Rayo.

—Tonterías... No parece peligroso.

—No, ¿eh? Pues es una serpiente de cascabel... No cuentes conmigo: Prefiero cinco dólares vivo... que diez dólares muerto. Ni hablar.

Bueno... Siempre hay un medio de vencer en una pelea.

\* \* \*

Uriah Harrison entró en el almacén, sonriendo. Y sonrió aún más, gratamente impresionado, cuando vio a la hermosa y jovencísima muchacha mexicana que, tras mirarlo con los ojos desorbitados por el miedo, quiso deslizarse hacia la trastienda...

—Eh, eh, eh —alzó su sombrero Uriah—: que ha llegado un cliente, niña.

—Mi padre..., mi padre le atenderá, señor...

—Ah, no, no, no, no, no... Te he visto a ti y tú vas a servirme. Prefiero tu lindo rostro que los bigotes de tu padre... Hola, Fermín.

Se quedó mirando, siempre sonriente, al mexicano que había aparecido por detrás de la cortina de colores que tapaba la entrada a la trastienda. Fermín, en efecto, tenía unos grandes bigotazos... y una enorme y viejísima escopeta de dos cañones recortados en las casi temblorosas manos. Pero, sorprendentemente, pareció tranquilizarse al ver al tejano risueño.

—Hola, don Uriah —musitó desganadamente—. ¡Cuánto bueno por aquí!

—¿Verdad? —aceptó Uriah—. Oye, tramposo, ¿dónde has tenido escondida a esta lindísima criatura?

La escopeta de dos cañones se alzó un par de pulgadas nuevamente, si bien con evidente vacilación.

—¿Qué es lo que quiere, don Uriah?

El tejano alzó las cejas como sorprendido.

—Café. Sólo eso, Fermín... ¿Te ocurre algo? ¿O quizá te molesta que diga que tu hija es muy bonita?

—Ve dentro, Rosita —musitó el mexicano—. Yo atenderé a don Uriah.

La muchacha se dispuso a obedecer, pero Uriah chascó los dedos y comentó:

—Fermín, yo soy un buen chico... Pero vamos a tener dificultades los dos si me quitas de delante lo más bello que he visto en no sé cuántos siglos... Café, Rosita. Un saco de diez libras. Y que sea del bueno, no la porquería que le vendisteis el otro día a Spencer. ¿Bien?

Rosita estaba muy asustada. Miró a su padre, que además de asustado estaba pálido, con las manos cada vez más temblorosas.

—Dale el café —autorizó, ronca la voz.

Rosita obedeció; colocó sobre el mostrador un saquito de café de diez libras y se quedó mirando con sus enormes y bellos ojos negros al tejano, que a su vez la miraba, ahora con el ceño simpáticamente fruncido.

—¿Del bueno? —preguntó.

—Sí..., don Uriah...

—Hey, hey, hey. Eso de don está bien para tu padre. Tú me vas a llamar solamente Uriah. ¿Verdad que sí?

—Lo que usted diga, don Uriah.

—Pues eso es lo que digo. Y... ¿sabes una cosa? Cuando veo una linda chica. Siento unos deseos tremendos de... ¿A que no lo adivinas?

Rosita enrojeció y Fermín palideció aún más. Uriah lo miró de reojo, sonrió y regresó su atención a la muchacha.

—¿Lo adivinas o no?

—Nnnooo...

—Pues te lo diré: siento unos deseos tremendos de pellizcarle la barbilla y guiñarle un ojo... ¿No es una tontería? ¿Tú no me dejarías pellizcarte la barbilla? Es que hacerlo a la fuerza: no tiene gracia, ¿comprendes?

—Ya tiene su café, don Uriah —dijo Fermín con voz temblorosa—. Le pido por la Virgen de...

—¡Buena idea! —rió Uriah—. Rosita: te pido por la Virgen de Guadalupe que me dejes pellizcarte la barbilla... ¿Sí?

Rosita miró los grises ojos del tejano... Luego, su revólver. Después miró la vieja escopeta que había en las temblorosas manos de su padre... y de nuevo los grises ojos de Uriah Harrison.

—Si... Sí, don Uriah, se... se lo permito...

Estaba convencida de que la mano del pistolero no iría hacia su barbilla precisamente; pero la vida de su padre valía el precio del grosero manoseo que ya casi notaba en el pecho... Abrió los ojos sobresaltada, cuando notó el pellizco en la barbilla. Y por un instante vio ante ella los grises ojos llenos de ironía...

Y de pronto, tras recoger el sombrero, Uriah se los quedó mirando seriamente, casi con frialdad. Se llevó un dedo a un ojo y bajó el párpado inferior un poco.

—Hay que tener más vista, Fermín —dijo secamente—, y no confundir a un hombre malo con un hombre cerdo, ¿cuánto es el café?

—Cinco... cinco dólares, don Uriah. Nosotros...

—Cierra la boca —gruñó el pistolero—. Y si vuelvo a notar que piensas esas cosas de mí, seré yo quien te la cierre... para siempre.

—Perdone, don Uriah, pero...

—Sé lo que pasó ayer —las facciones del tejano se endurecieron—. Pero yo no necesito hacer esas cosas cuando quiero una mujer.

Uriah dejó una moneda sobre el mostrador, cogió el saco de café y se dirigió a la puerta... Se detuvo de pronto, pensativo. Se echó el sombrero hacia delante, se rascó la nuca, volvió al mostrador y dejó el saco de café.

—Y ahora te vas adonde quiera que esté el hombre llamado Rayo y le dices que Uriah quiere verlo.

Fermín pareció al borde del desmayo.

—Don Uriah —gimió—... Por lo que más quiera, no me pida eso... No me obligue a ir a ver a ese hombre; no me mezcle en sus cosas...

—¡Pero si Rayo y yo somos amigos...! Bueno —vaciló—, algo parecido.

—Pues entonces, don Uriah, por la Virgen, vaya usted a buscarlo.

—Lo haría, Fermín. Pero no quiero jaleos sin necesidad. Ven conmigo a la ventana.

Le hizo señas con un dedo, como si fuese un gancho capaz de tirar del mexicano hacia la ventana. Fermín salió de detrás del mostrador, caminando hacia la ventana. Uriah llegaba entonces a ella, y señaló con un dedo en dirección a la taberna.

—Los dos desgraciados que...

Se calló de pronto. Los dos desgraciados que había visto sentados en los escalones del porche de la taberna ya no estaban allí. Estuvo mirando calle arriba y calle abajo, sin verlos.

—Vaya —sonrió gélidamente el tejano—. ¿Te importa guardarme el café unos minutos?

Abrió la puerta del almacén y salió al porche con el sombrero de nuevo caído sobre los ojos. Sacó un cigarro negro y retorcido de un bolsillo de la cazadora, le mordió la punta, la escupió, encendió una cerilla rascándola en los pantalones y aplicó la llamita en la punta del cigarro, inclinando la cabeza... y mirando hacia todos los lados, bien ocultos sus ojos por el ala del sombrero.

Ni un alma en la calle.

Sonriendo siniestramente, Uriah Harrison bajó del porche del almacén, y llegó junto a su caballo, se volvió de espaldas hacia el centro de la calzada y comenzó a alzar una pierna, dispuesto a montar, al parecer. Y justo en aquel momento Uriah Harrison se apartó de un salto de su caballo, girando para dar cara a la otra acera; al mismo tiempo que caía de rodillas su revólver salía de la funda, visto y no visto el gesto...

¡Pack!

El estampido resonó como un seco trallazo en toda la calle... Y Perry que había salido de detrás del abrevadero de enfrente y todavía estaba desconcertado por la velocísima acción inesperada de su presa, recibió la bala en el centro de la frente y saltó hacia atrás.

¡Bang...!

La bala de rifle rebotó justamente donde una fracción de segundo antes había estado Uriah Harrison. Pero ya no estaba allí, y casi a continuación del disparo del rifle, brotó otro disparo del revólver de Uriah, que arrancó un puñado de paja del carro cargado a muy poca distancia de él...

Isaac tuvo el tiempo justo de esconder la cabeza, que quedó metida en la paja, lívido de miedo. Ni siquiera se atrevió a moverse, porque sabía que

ahora toda la ventaja estaba de parte del tejano. En cuanto intentase localizarlo para dispararle otra vez con el rifle, Uriah Harrison lo vería y le volaría la cabeza apenas la asomase...

Pues bien: no se movería de allí. A la noche podría saltar del carro con más probabilidades de burlar la vigilancia del tejano... En el supuesto de que Harrison tuviera paciencia para esperar hasta la noche.

Pero, no. No parecía que Uriah Harrison tuviera mucha paciencia. Primero vio un ligero humo blanco-amarillento. Enseguida percibió el olor a quemado. Y el humo ascendía por el lado derecho de la carreta, el que daba al centro de la calzada...

¡Uriah Harrison había prendido fuego a la paja del carro...! Todavía atónito, tardó un par de segundos en comprender lo que aquello significaba: o daba la cara o moría abrasado vivo. Isaac se puso en pie, chillando de rabia, de odio... Quiso saltar de la carreta por el lado de la acera de tablas... Y entonces vio al tejano.

Uriah estaba sentado de lado en la valla de uno de los porches, a menos de quince metros. Tenía un negro cigarro entre los dientes y el revólver en la mano, como al descuido. Miraba allí con una fría sonrisa en su bocaza simpática... Isaac no tuvo tiempo de encararle el rifle. Como quien no quiere la cosa, Uriah disparó. Parecía que lo mismo le daba acertar que no acertar.

Pero acertó. Isaac recibió el balazo en el centro del pecho, y se encogió, se arrugó, pareció disminuir de tamaño... El rifle escapó de sus manos, rebotó en el porche... y luego rebotó en él, ya cadáver.

Ni un alma en la calle.

—¡Fermín! —llamó Uriah sin quitarse el cigarro de la boca—. ¡Se te va a quemar toda esa paja si no apagas pronto el fuego!

Puso nuevos cartuchos en el cilindro del revólver, sin prisas, siempre con el cigarro entre los dientes. Guardó el revólver una vez recargado, se quitó el cigarro, lo miró y luego miró primero hacia Isaac y luego hacia Perry.

Volvió a mirar el cigarro, como si le hablase a él. —Chusma— monologó—. Pura chusma. Ya verás qué distinto es todo con Rayo.

Rayo continuó comiendo, impertérrito, cuando escuchó los disparos. Se había bañado, se había afeitado, tenía un buen apetito, muy lógico después de veinte horas cabalgando sin descanso, ni siquiera para tomar un bocado..., y, como consecuencia de esto último, se sentía en verdad cansado. Por eso ni siquiera pareció oír los disparos.

Pero si los oyó el encargado del comedor del hotel, que estaba muy excitado junto a la ventana, mirando hacia la calle.

—¡Han matado a Isaac y Perry! —exclamó—. ¡Es uno de los hombres de Morgan! Viene hacia aquí... ¡Ese hombre viene hacia aquí!

Rayo continuó con la vista fija en el jugoso trozo de carne. Se echó un bocado a la boca y empezó a cortar otro...

—Es el más peligroso... Ese al que llaman Uriah... ¡Y viene hacia aquí, hacia el hotel!

Rayo había alzado vivamente la cabeza, reaccionando súbitamente. Quedó inmóvil, como petrificado un par de segundos. Se puso en pie, caminó hacia la ventana y echó un vistazo a la calle... A través del cristal, todavía a unas cien yardas, vio a Uriah Harrison caminando lentamente hacia el hotel. Una dura sonrisa apareció en los amargados labios de Rayo; volvió a la mesa, se limpió la boca, recogió el sombrero del respaldo de la silla, y se dirigió hacia la salida del hotel.

Cuando llegó al porche, Uriah estaba a unas setenta yardas... Cuando Rayo llegó al centro de la calzada la distancia que separaba a ambos hombres era de apenas veinticinco yardas. Quedaron inmóviles los dos, mirándose...

Uriah fue el primero en llevar la mano al revólver. ¿O quizá fue Rayo?

Uriah disparó dos veces, velocísimamente..., las borlas rojas mexicanas que Rayo llevaba en la copa del sombrero, desaparecieron. Al mismo tiempo, restallaba su revólver..., y el sombrero de Uriah salió por el aire, impulsado por la primera bala..., y fue lanzado más lejos, en pleno vuelo, por la segunda.

—Estarlas muerto ahora, Rayo —sonrió Uriah.

—Sería al revés, Uriah... ¿No crees?

—Oh, vamos, viejo tramposo... Sabes muy bien que yo he sido más rápido...

Uriah se volvió en dirección a su sombrero, quedando ligeramente de perfil con respecto a Rayo. Éste disparó por tres veces... El cigarro desapareció de entre los dientes de Uriah... Y sus espuelas saltaron destrozadas, cada una con una bala... Y sin transición, las otras dos borlas rojas que colgaban de la cinta que sujetaba la funda al muslo de Rayo, desaparecieron también.

—¿Y ahora? —preguntó fríamente Rayo.

—Te estás haciendo viejo, Rayo, créeme.

—Todavía tengo buena vista... ¿Qué haces en Cana Valley, Uriah?

—Lo mismo que tú... Sólo que, según parece, a ti te llamaron unos y a mi me llamaron otros.

—¿Realmente estás con Morgan?

—Ajá... ¿Y tú con esos destripaterrones?

—Ajá —imitó Rayo—. Supongo que la cosa no puede arreglarse.

—No creo. Yo ya he cobrado un pequeño anticipo... ¿Y tú?

—Todavía no. Pero ya he aceptado el empleo.

—Vaya —Uriah se rascó la pelambreira—. Y nosotros somos tan serios que no vamos a estar jugando a cambiar de bando, ¿eh?

—Por mi parte, no.

—Maldita sea... Es una lástima, Rayo...

—Paciencia. No siempre vamos a estar del mismo lado... ¿Cómo te van las cosas con Morgan?

—Psé... Normales. Pero es un asco, créeme: siempre encuentro tipos de poca categoría... Gente de esa que sólo sabe matar, pero no ser un buen pistolero de alquiler, un tipo serio y cumplidor... Tú me entiendes, ¿eh, Rayo?

—Claro. Tipos... groseros, de poca inteligencia, sucios, capaces de cualquier barbaridad. Un asco, de veras. Bueno, tú ya sabes: gente como la que mataste al llegar y como esos dos desdichados que querían matarme hace un par de minutos... Chusma.

—Chusma —aprobó Rayo—. Bueno..., parece que estamos dos a dos, ¿no es así, Uriah?

—Oh, sí... Tú mataste antes a dos de los míos; yo ahora a dos de los tuyos. Un empate me parece justo... por el momento.

—Y a mí.

—¿Sabes? —Uriah sacó otro cigarro idéntico y lo encendió—. Tengo unas grandes ganas de que esto termine. Yo necesito cosas más importantes, enemigos de más talla... Oh, no me refiero a ti ahora/comprende.

—Gracias —sonrió fríamente Rayo.

—Me refiero a esos desgraciados. Cuando esto termine, digo, me iré a una ciudad importante... Waco, Saint Angelo, Santone, El Paso... Lamentaré mucho no llevarte conmigo, Rayo. Nos entendemos bien.

—¿Y por qué no me llevarás contigo? —hizo una mueca mordaz Rayo.

—Hombre —Uriah expulsó una bocanada de humo—. Comprende que si seguimos frente a frente... Ya sabes, los dos somos profesionales muy honrados, con palabra de rey. Aquí me contratan, aquí me quedo.

—Es cierto.

—Claro que... siempre podríamos encontrar una solución, siquiera fuese por una vez, ¿no? ¿Cuánto te pagan?

—Diez diarios. Y mantenido, claro. En un estupendo hotel.

—Demonios qué suerte tienes... Yo estoy en una misión convertida en ruinas. Un asco. Mis compañeros son muy bestias, desde luego, pero no se pasa mal con ellos... ¿Qué tal si te vienes, Rayo? Siquiera fuese por una vez, hombre... Además... ¡diez dólares! A mí me pagan veinte.

—Tu patrón es más rico, que los míos, eso es todo.

—Vamos, no seas tonto, Rayo... Ni siquiera has cobrado un anticipo. Mira, yo voy a pagarte un anticipo, ¿eh? No quisiera tener que matarte, maldita sea mi estampa. A fin de cuentas, lo mismo da un bando que otro, ¿no?

—Para mí, en esta ocasión, no.

—¿Qué te pasa? ¿Le has cogido cariño a los destripaterrones? ¡Estaría bueno...!

—No es eso.

—¿Aceptas entonces? ¿Eh? ¿Aceptas? Mira... —sacó una moneda de veinte dólares reluciente—. Veinte dólares de oro. Rayo. Nosotros trabajamos así: quien paga primero, ése nos manda... Bien, yo te doy el anticipo, ya que los agricultores no lo han hecho. Te garantizó una moneda como ésta cada día, Rayo. Considera trabajas para mí, y eso es todo. ¿Aceptas?

—Haz la prueba.

Uriah Harrison suspiró resignado.

—Bien... Haremos la prueba. Como te queda solamente una bala en el revólver, bastará esta moneda. ¿Listo?

—Listo.

Uriah tiró la moneda al aire. Rayo apenas movió la mano... Un fogonazo brotó de su revólver, una bala partió..., y la moneda se perdió a lo lejos.

-Lástima —musitó Uriah—. Lástima. No me siento muy feliz, de veras.

-Ni yo. Pero podríamos, hacer las cosas al revés: a ti te pagan veinte dólares y tienes dos balas todavía. ¿Quieres ser tú quién acepte trabajar conmigo, Uriah? Te haces la cuenta de que te contrato yo, y listo.

Rayo hizo saltar las dos monedas en su mano, suavemente; de pronto las tiró hacia lo alto... Dos fogonazos brotaron ahora a la altura de la cadera del tejano..., y las dos monedas desaparecieron... Luego los dos hombres se quedaron mirándose fijamente. Por fin, Uriah encogió los hombros.

-Bien... Ya hemos gastado bastante pólvora en tonterías, Rayo. La próxima vez será diferente. Tú me entiendes, ¿eh?

-Claro, Uriah. Y te deseo suerte.

-No es agradable matar a un buen compañero, a un profesional tan serio... En fin: yo también te deseo suerte para nuestro próximo encuentro... Adiós,

Rayo.

-Adiós, Uriah.

El tejano no se volvió, caminando hacia donde estaba su agujereado sombrero, sobre el polvo. Metió el cañón del revólver en uno de los agujeros, levantó el sombrero y se lo puso, siempre utilizando el revólver, que recargó sobre la marcha, mirando atentamente a todos lados, porque sabía que no todos eran como él y Rayo.

Pero llegó sin tropiezos al almacén, donde, tras los cristales, Fermín y Rosita, tras haber presenciado la escena, parecían incapaces de moverse. Uriah cogió el saco de café, pensativo.

—¿Pagué o no pagué el café, Fermín?

El mexicano asintió con la cabeza, tragando saliva. Uriah salió del almacén, pero reapareció enseguida, sonriendo. Se acercó a Rosita y le dio otro pellizco en la barbilla, cariñosamente.

-Adiós, Rosita, guapa... ¡Requetechula, no más!

Salió, cargó el saco en el caballo y montó, dirigiendo apenas una irónica sonrisa a los agricultores que habían aparecido, por fin, en el porche de la taberna. Luego miró hacia Rayo y se quitó el sombrero, alzándolo mucho y agitándolo.

Casi cien metros más allá, todavía inmóvil en el centro de la calzada, Rayo alzó también su sombrero, saludando al tejano...

Hasta el interior del almacén llegó la voz gangosa de Uriah:

«¡Oh-ohoooh Texas. Texas. Texas *My darling land of Texas...*!».

Fermín sacó un enorme pañuelo rojo y se lo pasó por el sudoroso rostro.

-Virgen de Guadalupe... ¿Qué pasará cuando esos dos hombres vuelvan a encontrarse... y se enfrenten... de verdad?

## CAPÍTULO V

Rayo dejó de mirar hacia Uriah Harrison cuando se dio cuenta de que un grupo de personas iba directo hacia él por el centro de la calzada.

—¡Rayo! —exclamó Mulberry—. ¿Por qué no lo ha matado?

Se detuvieron todos delante de él, siempre formando un grupo compacto.

—¿A quién?

—¡A ese hombre...! ¡Es Uriah Harrison, uno de los pistoleros de Jim Morgan!

—Ah, si... Hemos hablado de eso. ¿No lo ha oído?

—¡Lo hemos oído todo! Uriah Harrison ha matado a Isaac y a Perry... ¿No lo sabía?

—Lo sabía muy bien.

—¡Por todos los...! ¿Qué le ha retenido a usted? ¿A qué ha venido todo ese desperdicio de plomo? ¡No entiendo nada!

—Lo supongo, señor Mulberry... Pero el plomo es barato.

—¿Qué quiere decir? —musitó Peter Gordon.

Rayo miró al juez de los cabellos blancos y la pequeña cicatriz junto a la boca.

Y encogió los hombros.

—No quiero decir nada especial. Sólo lo que le he dicho... ¿Puedo darles un consejo? Procuren no dejarse ver demasiado.

—¿Por qué?

—Porque las cosas se están poniendo al rojo vivo.

—¿Se refiere a Uriah Harrison?

—¿A Uriah? —pareció que Rayo fuese a echarse a reír, enormemente divertido—. ¡No! ¡Claro que no me refiero a él! El día que Uriah decida atacarles a ustedes, se enterarán directamente.

—¿Y usted? ¿Se enterará usted?

La pregunta había sido hecha por Ricky, recién incorporado al grupo, siempre con Lucy a su lado. Rayo lo miró amablemente.

—También. También me enteraré, Ricky, puedes estar seguro.

—Lo dudo. Me han parecido muy buenos amigos.

—Lo somos en cierto modo. He tenido tratos con Uriah un par de veces antes de ahora... Una de esas veces estuvimos juntos quince días por lo menos. Es un gran pistolero.

—Parece que lo bastante para amedrentarlo a usted.

—No tanto —replicó suavemente Rayo—. Todo lo que ocurre entre Uriah y yo es que nos respetamos. Despreciamos a gente como Isaac y Perry, pero nos respetamos nosotros. Cosa rara, ¿no es cierto, Ricky?

—¿Los dos son iguales? ¿Los dos están aparte del grupo de pistoleros cerdos?

—Tú lo has dicho, muchacho. Posiblemente Uriah y yo peharemos a muerte la próxima vez, pero mientras tanto nos respetamos. Y el que gane, seguirá respetando al otro. ¿Te parece complicado?

Ricky reflexionó unos segundos, mirando fijamente a aquel hombre que empezaba a desconcertarlo.

—No... No demasiado. De todos modos, debió matarlo. Es uno de los de Morgan.

—Bien... ¿Por qué no saliste a matarlo tú? También llevas un buen revólver.

—No me dejaron... ¡Maldita sea, no me dejaron salir a pelear, me sujetaron...! Primero usted, ahora ellos —abarcó a todos con furioso ademán—. ¿Qué estamos esperando? ¿Que vengan a por nosotros?

—Yo creí que todos estabais esperando a un alguacil.

—¡La ley! —resopló Ricky—. ¿Qué cree que pasará cuando llegue ese alguacil, o comisario, o marshall..., o lo que sea? Empezará a hacer preguntas, molestará a todo el mundo..., y cuando sepa que tiene que ir a detener a un hombre que está respaldado por una docena de pistoleros, se irá poco menos que corriendo. Mejor. Quiero ser yo quien encuentre a Morgan... Y lo estaré esperando aquí.

—¿Te parece bien acompañarme hasta el hotel? Por el camino, te contaré algunas cosas. Pocas, porque el hotel, como ves, está muy cerca.

Ricky Ferguson quedó de nuevo inmóvil, mirando fijamente al hombre que, definitivamente, lo estaba desconcertando...

—No pierdo nada escuchándole, Rayo.

—¿Y qué hacemos nosotros? —farfulló Mulberry.

—Lo que quieran. Pero una buena idea sería permanecer en un lugar seguro, ya sea juntos o separados. Juntos tendrán más fuerza; pero al mismo,

tiempo, el miedo que sienta uno de ustedes se traspasará a los demás... Es un dilema que deben resolver ustedes solos.

—¿Y usted?

—Creo que tengo tiempo de dormir una siesta.

—Tiempo... ¿para qué?

—No sé.

—Quizá espera que vengan sus amigos para intervenir en la última pelea —dijo de pronto Ricky.

—No te entiendo... ¿Qué amigos, Ricky? —musitó Rayo...

—Uriah Harrison y los demás. Se me está ocurriendo que quizá usted esté de parte de ellos.

—¡Ya basta, Ricky! —explotó Gordon—. ¡Rayo mató al llegar a dos de los hombres de Morgan! ¿Lo has olvidado?

—Por eso hablo. Quizá tenía orden de matarlos.

Los agricultores rompieron en un fuerte murmullo. Ninguno entendía nada, pero la actitud de Rayo para con Uriah Harrison debía tener una explicación... Una explicación que quizá Ricky había encontrado...

—Di las cosas claras, Ricky —exigió Mulberry.

—Yo creo que Rayo es un enviado especial de Jim Morgan... Morgan se ha enterado de que nosotros sabemos que fueron él y dos de sus hombres los que..., los que asesinaron a mi madre. Para que sus hombres no hablen, ha enviado a Rayo a matarlos... ¿Acaso hay otra explicación por la que él pudiera intervenir en la pelea?

Fue como un inesperado chaparrón en la calurosa y soleada tarde. Los alientos quedaron en suspenso unos segundos. Rayo cambió una nueva mirada con el hombre de la cicatriz junto a la boca, sonrió secamente, y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Qué más, Ricky?

—¿Aún quiere más? Pues puedo añadir algo... Muertos Abbott y Sims, Morgan ya no tiene compañeros de canallada. Ellos no podrán hablar.

—Pero pueden hacerlo tus compañeros llamados Jess y Mike —los señaló Rayo—. ¿No es cierto?

—Sería cierto... Podría ser cierto, si usted no los matara antes de que llegue la ley a Cana Valley. ¿O no es ése su plan, Rayo? ¿No son ésas las órdenes que tiene? Eliminar a todos los testigos; de la canallada de Morgan...

—Ricky —susurró Rayo—. Ricky, muchacho, te estás torturando sin necesidad. No hables más, no pienses más... Deja correr las horas... Ten calma y podrás llegar al final de todo.

—¿Por qué he de tener calma? Y... se me está ocurriendo algo, Rayo... Algo muy bueno... Podríamos hacerlo entre todos: sólo tenemos que reunir a todo el pueblo, coger una docena de sogas y marchar hacia la vieja misión... En el camino hay cientos de árboles para colgar a esos pistoleros.

—No sabes lo que dices.

—¡Lo sé! ¡Sólo hay que ir allá y colgarlos a todos! ¡Eso es lo que hay que hacer..., y todo habrá terminado de verdad! Entonces, Cana Valley volverá a ser un pueblo tranquilo.

—Pero con muchas más tumbas en el cementerio. Para atrapar a esos hombres tendríais que morir muchos de vosotros. ¿Crees que vale la pena, pudiendo hacer las cosas mucho mejor?

—¿Cómo?

—Sólo hay que esperar a Jim Morgan, matarlo..., y los demás se irán sin buscar jaleo. Siempre pasa eso cuando muere el jefe de uno de los bandos... Y ustedes —señaló a Jess y a Mike—, no me miren así. Ricky es un muchacho listo, pero puede equivocarse. No tengo nada que ver con Morgan, de modo que por mí, sus vidas están seguras. Lo cual no ocurrirá si van todos a buscar a esos pistoleros. Hasta luego, señores.

Dio media vuelta, caminó unos pasos y se volvió de pronto mirando a Ricky.

—No importa lo que has dicho ni lo que pienses... Todavía quisiera decirte algo. ¿Quieres escucharlo?

Ricky se unió a Rayo y caminaron los dos hacia el hotel... El pistolero se detuvo al llegar al porche y se quedó mirando de un modo peculiar, entre triste y orgulloso, al belicoso joven.

—Tú quieres matar a Morgan, ¿no es cierto? Me parece bien..., en cierto modo. Ya me he enterado de lo que ocurrió y creo..., creo que tienes más derecho que nadie. Pero tener derecho a hacer una cosa no significa que esa cosa se pueda conseguir.

—No... comprendo bien...

—Hay la llamada fuerza de derecho y la llamada fuerza de poder. Sólo tienes que elegir entre ambas fuerzas. La fuerza de derecho quizá falle. La fuerza de poderío, no puede fallar. Quién puede hacer las cosas. Y no importa que tenga derecho o no mientras la consiga... ¿Tú quieres matar a Morgan? Muy bien: yo te diré cómo puedes conseguirlo.

—Sé cómo conseguirlo.

—¿Sí? ¿Cómo?

—Él volverá esta noche. Le estaré esperando, le llamaré y...

—Y él o alguno de sus pistoleros te llenarán de plomo. Eso será porque habrás querido usar tu fuerza de derecho. ¿Por qué no usas la otra?

—¿De qué modo?

—Tienes un revólver, supongo que disparas bien, y tienes deseos de matar a Morgan. Entonces, Ricky, tienes que pensar solamente en eso. Mézetelo en la cabeza: matar a Morgan, matar a Morgan, matar a Morgan...

—¿Quiere decir que debo apartarme de todos, no correr otra clase de riesgos, limitarme a esperar a Morgan?

—¡Exactamente! Deja que los demás arreglen las cuestiones. Tú límitate a esperar. Si intervienes en cualquier acción directa quizá te maten o te hieran... Entonces, ¿quién matará a Morgan? En cambio, si te limitas a ocuparte de tus asuntos, a esperar, estarás listo para la pelea cuando llegue Morgan. Es..., es como si a un magnífico caballo de carreras de velocidad lo amarrasen para tirar de un carro minutos antes de la carrera... Cuando llega a la carrera está agotado... O quizá incluso reventado. Pero si ese caballo permanece quieto, descansado, es posible que gane la carrera.

—Ahora sí lo entiendo. Del todo.

—Magnífico. ¿Te das cuenta? Sólo tienes que pensar en matar en Morgan. Olvídate de lo demás. ¿Sabes lo que yo haría en tu lugar?

—¿Qué haría?

—Me aislarla. Me iría a mi casa, me encerraría allá y esperaría el momento oportuno. El oportuno, Ricky, no cualquier momento. Hay que convertirse en una fiera al acecho, esperar taimadamente... Lo demás no importa. Sólo la pieza. Se la espera, se la vigila, se la estudia. Y en el momento oportuno..., ¡zas!, lanzamos el zarpazo. Las otras cosas ya se arreglarán... O no se arreglarán. Pero ya no nos importará.

—Es usted un asesino muy experimentado, Rayo.

El pistolero palideció intensamente.

—Aún no me has visto asesinar a nadie —musitó.

—Es verdad... Pero todo llegará. Sin embargo, admito que su consejo es muy bueno. Lo seguiré.

—¡Bien! —Rayo tendió la mano—. ¿Amigos?

Ricky Ferguson miró fríamente aquellos ojos que parecían mostrar una expresión cálida, amistosa, amable. No movió su mano.

—Que acepte un consejo inteligente no quiere decir que jamás llegue a ser amigo de un pistolero. Creo que todo hombre debe ir armado... Pero sólo para defenderse, no para divertirse o como... profesión.

—Todos empezamos a usar el revólver para defendernos. Luego, las circunstancias mandan.

—No me venga con ese cuento... Siempre se está a tiempo de dejar el revólver, sin necesidad de vivir de él y con él. Quién sigue llevando el revólver después de haberlo necesitado es porque le gusta, porque le satisface pelear, matar... Lo sé muy bien: mi padre fue un nombre como usted.

Rayo estaba ahora intensamente pálido. Su mano todavía tendida, fue bajando lentamente.

—Tienes razón —murmuró roncamente—. Tienes mucha razón.

Dio media vuelta, subió el porche y entró al hotel.

\* \* \*

Cuando sonó la llamada a la puerta, la mano derecha de Rayo se deslizó hacia el revólver; quedó firmemente empuñado y amartillado.

—¿Quién es?

—Josuah.

Fue hacia la puerta, la abrió y se quedó mirando a su visitante. Era el hombre fornido, de blancos cabellos y una cicatriz a un lado de la boca. Miró atentamente a Rayo, entró y se sentó en uno de los silloncitos de la mejor habitación del hotel. Rayo cerró la puerta, volvió a sentarse en un lado de la cama y continuó fumando, pensativo.

Josuah Crane respetó su silencio durante casi dos minutos. Por fin, musitó:

—Bienvenido a Cana Valley, Rick.

—No me llames así —lo miró vivamente Rayo.

—¿Debo llamarte Rayo, como los demás?

—Así es, Josuah. Yo... creo que debo decirte ante todo que te agradezco que me avisaras de lo ocurrido. Recibí tu telegrama, notificándome la muerte de Helen... Comprendí que había ocurrido algo, pero no eras muy explícito... Pero gracias por avisarme.

—Me pareció que debía hacerlo. Al fin y al cabo, ella era tu mujer. Y él, tu hijo. Mucho has tenido que galopar para llegar aquí en veinte horas, Ri... Rayo.

—Como un rayo —sonrió torcidamente el pistolero—. Tuve que reventar dos caballos y casi reviento yo... Pero aquí estoy, que es lo importante. ¿Crees que Ricky sabe que yo soy...?

—No. No por ahora, al menos. El muchacho se ha ido para su casa... ¿Qué le dijiste para convencerlo?

—Le engañé. Le convencí para que esperase su presa.

—Ah... ¿Y tú se la quitarás de los dientes?

—Sus dientes son muy jóvenes, tiernos aún... Creo que antes de soltar la dentellada alguien debe enseñarle a hacerlo bien. De otro modo, fallará el mordisco... y se romperá los dientes.

Josuah Crane rió quedamente.

—Magnífica definición de lo que realmente sucedería... ¿No es sorprendente? Ese muchacho parecía tan pacífico y manso como los demás. Y de pronto aparece con un hermoso revólver de seis tiros... ¿Te has dado cuenta de cómo lo lleva?

—Sí —gruñó Rayo—. Parece un profesional.

—De tal palo, tal astilla:..., según dicen. ¿No tienes nada especial que preguntarme?

—Tantas cosas, Josuah... Pero ya es demasiado tarde para todo. Cuando las cosas han sucedido es mejor no pensar ya en ellas. Sólo conseguimos torturarnos y... ¿Cómo vivían ellos, Josuah?

—Bien —sonrió el barbudo de la cicatriz—. Tu hijo es un chico fuerte y trabajador. Helen estaba muy orgullosa de él..., y con motivos bien fundados, desde luego. No me extrañaría que hubiera llegado a ser el alcalde de Cana Valley.

—¿Tanto?

—Es listo. Un tanto áspero, malgeniado a veces... En diversas ocasiones me he maravillado de su gran dominio sobre si mismo. Me parecía que iba a estallar de un momento a otro... Y no. Ha aguantado muy bien su genio violento, su sangre belicosa. Hasta ahora.

—¿Qué harías tú si hicieran con tu madre...?

—Todos estamos de parte de tu hijo —gruñó Josuah.

—Bien —Rayo permaneció pensativo casi un minuto—. Bien, me alegra oírlo...

—¿Y tú? ¿Cómo has vivido tú? —espetó Josuah.

—Al principio, bien. Cuando Helen me dejó, cuando..., cuando aquel día no la encontré en casa al volver, casi me alegré. Ella y el niño eran una carga demasiado... pesada. Durante unas pocas semanas me sentí libre, desahogado..., feliz. Luego, de pronto, me di cuenta de que estaba solo. Aterradoramente solo, Josuah.

—¿Por qué no los buscaste entonces?

—No sé... En parte fue un estúpido orgullo. Ella se había marchado de mi lado... Pues adiós. Y en parte también porque comprendí que si volvía con ellos al poco tiempo volvería a suceder lo mismo. Y así una y otra vez...

—Y ahora sientes tus remordimientos.

—Es posible. Sí... Lo pensé antes, en el cementerio... Pensé que si yo hubiera estado junto a Helen no habrían podido... hacerle lo que le hicieron. Pero también pensé que de haber seguido a mi lado, quizá la habrían matado antes.

—Todo es posible, en efecto. Uno nunca sabe con certeza qué es lo que más conviene.

Rayo asintió con la cabeza. Aplastó el cigarrillo en el suelo y fue hacia el armario, donde había dejado su petate. Lo sacó, y de él una cantimplora forrada de franela, de la cual bebió un largo trago. Josuah Crane lo miraba no poco sorprendido; pero su gesto cambió cuando el olor a *whisky* llegó hasta él... No dijo nada, empero...

Quedaron callados los dos. Josuah no perdía de vista a Rayo, escrutándole, como queriendo penetrar en sus más escondidos pensamientos y sentimientos. Rayo se había acercado a la ventana, y tras apartar las cortinas miraba hacia la calle, llena de sol. Se volvió de pronto.

—¿Crees que soy un borracho?

—No, no... Por ahora, no. Por el momento, aún eres joven. Llevas una cantimplora llena de *whisky*, pero aguantas bien. Comienzas a notar las primeras fatigas del pistolero profesional..., y entonces llenas una cantimplora de *whisky*. Dentro de unos pocos años, si todavía estás vivo, serás un asqueroso borracho. Y ya, ni siquiera será meritorio matarte... Sólo inspirarás lástima... o risa. Es lo inevitable. Pero casi más inevitable es que, cualquier día, en cualquier lugar, cualquier muchacho te meta una bala en tu corazón... Claro que, para entonces, en lugar de sangré saldrá *whisky*... Ya no serás realmente Rayo, sino el pobre viejo y cansado borracho que nada tiene en la vida. Y cuando...

—¡Cállate! Josuah se calló. De nuevo permanecieron silenciosos e inmóviles los dos durante unos segundos. Por fin, Josuah se puso en pie.

—Creo que debo irme. Si se enteran de que te he visitado, se empezarán a preguntar muchas cosas. Y luego me las preguntarán a mí... Lo cual no me hará gracia.

—¿Me desprecias? —musitó Rayo.

—Todavía no... Todavía me siento un poco amigo tuyo, Rick.

—¿Qué es exactamente lo que quiere ese Jim Morgan?

Crane aceptó el cambio de conversación con una lenta sonrisa casi compasiva.

—¿Te refieres a lo de las tierras?

—Claro.

—No sé... Desde luego, no las quiere para sembrar —Josuah se echó a reír casi furiosamente—. ¡Qué tontería! ¡Un tipo como Morgan metido a agricultor!

—Sí... Seguramente pasará pronto el ferrocarril por estas tierras, y valdrán diez veces más que ahora... O quizá haya petróleo...

—O plata, oro... ¡Cualquiera sabe! —sonrió mordazmente Josuah—. Pero eso es lo de menos, Rick. Lo importante es defenderlas. Morgan ha asustado ya a unos cuantos agricultores de poca importancia, pero esperamos que pronto se meterá con los que has conocido antes... Muchas tierras, agua abundante... No sería mala idea la de formar una especie de imperio agricultor para una sola persona. Pero, desde luego, sé que Morgan no es de éstos... Tiene algún juego escondido, y no querrá mostrarlo hasta que tenga todas las tierras... p casi todas. Sólo hay que esperar... O matarle antes de que pueda seguir adelante. ¿Qué opinas?

-Sabes muy bien que Morgan tiene sus horas contadas.

-Sí... —suspiró Josuah—. Lo sé. Cana Valley ha tenido la gran fortuna de recibir la visita de Rayo. Esperemos que caigas donde es menester, Rick.

—¿Qué quieres decir?

-Ya sabes... Cuando un rayo cae, no es posible controlarlo... Es fácil comprenderlo; lo mismo mata a uno que a otro, lo mismo revienta uña casa que otra... O lo abrasa todo a la vez. Es difícil medir la fuerza de un rayo.

—¿Crees que cuando empiece a matar no sabré detenerme? —musitó Rayo.

-Espero que sabrás. De todos modos, yo intentaré estar bien guarecido. Cuando cae el rayo..., ¡malo!

Estaba a punto de abrir la puerta, pero Rayo le sujetó de un brazo.

-Esa chica..., Lucy Mulberry..., ¿cómo es?

-No te inquietes por eso. Tu hijo no podrá encontrar nada mejor. Ella debe estar ahora con él. Le quiere de veras, Rick. Y él a ella, desde luego. Esperemos...

Se calló de pronto. Y de nuevo quedaron mirándose, soportando otro de aquellos tensos silencios.

—¿Crees que... la historia pueda repetirse, Josuah?

-Todas las historias se repiten alguna vez. Y aunque Ricky se harte de decir que desprecia a los pistoleros, y cosas parecidas, lo cierto es que parece otro con su revólver al cinto.

Josuah Crane abrió la puerta, salió y cerró, dejando a Rayo solo, en su habitación. El pistolero estuvo inmóvil un par de minutos, sumido en sus pensamientos, que no parecían agradarle, sino más bien llenarle de pesadumbre.

Como antes en el cementerio, su mente retrocedió en los acontecimientos de su vida... Y lo hizo con tal fuerza, con tal intensidad, que las imágenes aparecieron con absoluta nitidez en sus cerrados ojos. Una casa en la salida de Sweetwater. Una casa con tejado rojo y vallas blancas, de madera... Había flores. Un jardín pequeño...

Ahora, a los cuarenta y siete años exactos, Rayo no tenía en la vida otra cosa mejor que su revólver.

No era demasiado, desde luego.

## CAPÍTULO VI

Pasaba ya de la media tarde cuando los pistoleros, tumbados por entre las ruinas de la misión, oyeron el galope de un caballo acercándose.

Como de costumbre, el único que no reaccionó lo más mínimo fue Uriah, que continuó tumbado, con las manos sobre el vientre y el sombrero sobre los ojos, extendidas sus largas piernas.

Hubo algún movimiento de manos hacia el revólver, al tiempo que Smith, mirando a Logan y O'Hara, hacía una seña con la barbilla hacia las sillas de montar. Los dos pistoleros asintieron, también con la cabeza; fueron a las sillas de montar, tiradas por el suelo, y sacaron los rifles de las fundas. Luego se encaramaron a dos puntos, distintos de los muros derruidos, mirando hacia Cana Valley. Y entonces, Smith, Lorenzo, Simons, Colter y Spencer continuaron jugando al póquer, mientras Martins continuaba aguzando una estaca, junto a ellos...: Y Uriah Harrison continuaba durmiendo su apacible siesta. O eso parecía.

O'Hara chascó los dedos, y todos miraron hacia allá. El jinete estaba a punto de llegar. Smith fue el primero en ponerse en pie, refunfuñando... El último fue Lorenzo, que se dedicó a guardar antes que nada las monedas. Cuando estuvo en pie, el jinete ya estaba desmontando bien a la vista de todos. Logan y O'Hara habían bajado sus rifles y descendían de su ventajosa posición, tranquilos.

El jinete recién llegado era Peter Gordon, el agricultor que tenía casa en el pueblo, y a la cual había sido llevado Rayo para escuchar las propuestas de Mulberry. Tras desmontar, dirigió una hosca mirada al rubio durmiente tejano, que resoplaba en su feliz sueño. Smith siguió su mirada, sonrió torcidamente, y encogió los hombros.

—Llegó, se tumbó, y eso es todo. ¿Qué pasó en el pueblo?

Peter Gordon soltó un gruñido:

—Mató a Isaac y Perry.

—Oh... Diablos, eso estuvo muy bien... No lo sabíamos.

—¡Pero pudo matar a Rayo y no lo hizo! Se dedicó a un estúpido juego, a cambiar monedas, a disparar como un tonto... ¡Pudo haberlo matado!

—Parece que Uriah es algo amigo, o cosa parecida, de Rayo —deslizó insidiosamente Smith.

—Despenadle, hay cosas que hacer.

—Está despierto —rió Lorenzo—. Usted diga no más algo que sea feo, y Uriah le cortará las orejas.

Peter Gordon volvió a mirar hoscamente a Uriah, pero como éste continuaba inmóvil, se encaró con Smith:

—Hay que matar pronto a Rayo. Si lo dejamos vivo para cuando lleguen los pistoleros que han ido a contratar a Santone, él va a dirigirlos, y nos complicará mucho las cosas.

—Bueno... Podemos ir allá todos y resolver el asunto sin miramientos, señor Gordon.

—Hay que matar cuanto antes a alguien.

—Estupendo... —sonrió Smith—. ¿A quién?

—A un muchacho... Al hijo de la mujer que ayer... A Ricky Ferguson.

—Sí. Ya nos dijo Spencer que ese chico anda ahora galleando, con un revólver al cinto.

—Si fuese Rayo el que buscase pelea, todo quedaría explicado. Pero si un muchacho tiene valor para buscarla, los demás comprenderán que ellos también pueden tenerlo. Y si se unen y buscan armas, no podremos con todos. Además, ese muchacho quería venir aquí, con todos, para lincharlos. Si sigue calentando los ánimos quizá se decidan...

—¿Eso quería el mocoso? —gruñó Smith—. Bueno, habrá que darle una buena lección... que sirva de escarmiento a todos.

—Tendríamos que ir allá antes de que todos reaccionasen —advirtió O'Hara.

—No es necesario —sonrió fríamente Gordon—. Ricky está ahora en su casa, con la hija de Mulberry, que está empeñada en consolarle. Tendréis que ir allá, a su casa. Pero no le matéis. Tengo un plan mejor, que servirá para acabar a la vez con ese muchacho y con Rayo.

—¿Con los dos a la vez? —sonrió Spencer—. ¡Qué divertido!

—¿Cuál es el plan? —inquirió Smith.

—Vais a la casa de Ricky, los apresáis a él y a la muchacha, y yo haré lo demás.

Smith se rascó la espesa barba, perplejo.

—Bueno, pero...

—Rayo irá a rescatar al muchacho... ¿No lo comprendéis?

Smith y los demás miraron a Peter Gordon como si lo considerasen el más imbécil de los mortales.

—¿Rayo? ¿Cree que Rayo acudirá como un tonto para que le matemos?

—Estoy seguro de que sí. Por dos motivos. Uno, que está contratado por nosotros, los agricultores, y ya me encargaré yo de que sea enviado allá para rescatar a los dos muchachos. Para eso se le paga, ¿no?

—Buena idea —sonrió siniestramente Smith—. ¿Cuál es el otro motivo por el que Rayo no dejará de ir a la casa de ese chico? —No lo sé exactamente... Parece apreciarle. A pesar de los desplantes de Ricky Ferguson, Rayo le tiene... simpatía o algo así. Ya le ayudó antes. ¿Por qué no ahora?

Smith volvió a rascarse la barba, furiosamente.

—Parece una buena idea...

—Y todo lo que podemos perder —apuntó Simons—, es que Rayo no acuda a la casa del chico. Entonces lo liquidamos tranquilamente y nos vamos nosotros a buscar a Rayo al pueblo.

—Bien... De acuerdo.

—Otra cosa —dijo Spencer—, ¿cómo sabrá Rayo, y los demás, que nosotros tendremos a esos dos críos?

—Yo me encargo de eso —dijo Gordon.

—Vale. Pues vamos todos ahora mismo a...

—Todos, no... Quiero que se haga con discreción, sin mostrar toda la fuerza. Saldréis de aquí, galoparéis como si no fuerais a ningún sitio determinado... No quiero que alguien os vea a todos en dirección a la granja de Ricky Ferguson.

—Sería mejor todos —protestó Smith—. No olvide que será Rayo quien llegara después a la casa.

—¿Y qué? Seréis tres hombres esperándole, con los rifles. Sólo tendréis que disparar y matarlo.

Todos se volvieron hacia Uriah cuando oyeron la risita burlona que había brotado bajo el sombrero del tejano. Pero éste continuaba lo mismo, tumbado panza al sol.

—¿De qué te ríes tú? —masculló Gordon.

El tejano levantó el sombrero con un dedo.

—¿Acaso no puede uno reír cuando oye tonterías?

—¿Cuáles tonterías?

Uriah dejó caer el sombrero y eso fue todo.

—Levántate —gruñó Gordon—, tú serás uno de esos tres hombres que irán a matar a Rayo.

Sólo el brazo derecho de Uriah se movió. La mano quedó alzada, y entonces el dedo índice se estiró, verticalmente, y se movió a derecha e izquierda. No. Ésa era la respuesta de Uriah Harrison.

—¡Te digo...!

Smith retuvo de un brazo al enfurecido Gordon.

—Déjelo. Cuando Morgan regrese esta noche, ya pasará cuentas con Uriah. Ya veremos si es tan insolente con otro tipo tan rápido como él y como el mismo Rayo. Nosotros nos encargaremos de eso.

—Tú, no, Smith. Prefiero que te quedes aquí, al mando de esto, por si Morgan...

Se interrumpió, porque otra risita había brotado bajo el sombrero de Uriah.

—¿De qué se ríe? —preguntó, ya irritado, Gordon.

—Tuvimos una escaramuza antes —achicó los ojos Smith—. Y le hace gracia que usted diga que yo mando aquí. Deje tranquilo a Uriah, yo me encargo de todo. ¿Alguno de vosotros tiene interés en ir?

Lorenzo levantó, el brazo, riendo. Y nadie más. Entonces Smith señaló a Martins y Logan.

—Iréis con Lorenzo. Y haced bien las cosas.

Logan y Martins refunfuñaron, pero se apresuraron a ensillar sus caballos, lo cual estaba haciendo ya el tripudo mexicano. Poco después los tres se alejaban de la vieja misión.

Entonces Uriah Harrison se puso en pie, caminó hacia un lugar desde el cual podía ver bien a los tres jinetes, y agitó blandamente una mano hacia ellos.

—Descansad en paz, queridos compañeros. Cualquiera día nos veremos en el infierno. Amén.

—Quizá tú lo conseguirías, ¿eh? —gruñó Gordon.

Uriah continuó dándole la espalda hasta que hubo encendido uno de sus negros y retorcidos cigarros. Entonces se volvió hacia Peter Gordon, echando una gran bocanada de humo, con evidente satisfacción. Miró de arriba a abajo al agricultor, y sonrió con amable ironía, quizá un poco duramente.

—Soy nuevo aquí, y no tenía el gusto de conocerle, señor. Pero mi vista es buena... ¿No le he visto antes... con los agricultores?

Peter Gordon enrojeció violentamente.

—Eso es cuenta mía.

—Ah... Si, sí... Hombre, naturalmente. Es cuenta de cada cual que sea o no sea un cochino traidor.

Ahora Gordon palideció.

—Será mejor que te cuides de tus asuntos —barbotó.

—Eso hago. Yo sólo soy un... empleado de la muerte. Igual que Rayo. Pero... ¿se dio usted cuenta? Ni él ni yo quisimos cambiar de bando. Es algo que podría llamarse... el honor de los pistoleros a sueldo. ¿Cuál es su clase de honor, señor?

Peter Gordon quedó casi temblando, sin saber qué hacer. Smith sonrió siniestramente.

—Ya le dije que Uriah tiene la lengua muy larga.

—Sería... mejor que tuviese larga la mano —musitó roncamente Gordon.

—La tengo —sonrió Uriah.

—Entonces, ¿por qué no mataste a Rayo?

—Porque no es tan fácil decirlo como hacerlo. Y porque no me dio la gana..., señor. Antes de matar a un compañero al que se respeta hay que pensarlo bien. Él hizo lo mismo, ¿no se dio cuenta?

—Todavía puedo ordenarte que vayas con los otros tres, no lo olvides.

-Mire..., señor: cuando quiera que mate a alguien, venga aquí y dígallo. Yo iré a matar. Pero no me venga con cosas retorcidas, porque no me gustan. No, señor; no me gustan las cochinadas.

—¿Estás diciendo que aunque te ordenase ir con los otros no me obedecerías?

Uriah sonrió angelicalmente.

-Exactamente..., señor. Además, ése no es el modo más fácil de matar a Rayo. No lo conseguirán.

—¿Cuál es el modo más fácil, según tú?

-Pues —Uriah sé echó el sombrero más adelante, y se rascó la coronilla—. Yo diría que es ir en busca de Rayo, decirle que quiere matarlo... y pelear con él.

-De acuerdo —sonrió fríamente Gordon—, ve a matar a Rayo... a tu manera. Ahora.

-No, no... Dejemos pasar el tiempo, a ver qué ocurre. Además, no me hace gracia la idea de ir a por Rayo sin necesidad. Ya llegará el momento en que tendremos que enfrentarnos, por las circunstancias. Mientras tanto, tranquilo.

-Hay quinientos dólares de premio especial por matar a Rayo.

—¡Barato, barato...! —rió Uriah—. Discutiremos eso más adelante, señor. ¿Quiere café? Pero tendría que beberlo en su propio pote.

—¿Por qué? ¿Qué quieres decir?

-Bueno... Yo, al menos, no le dejarla el mío..., no fuese que me lo llenara de veneno.

Peter Gordon volvió a palidecer. Por un instante, pareció que fuese a agredir a Uriah, pero éste continuaba mirándole angelicalmente, con aquella sonrisa de niño bueno, pero muy barbudo y con una chispa helada en sus grises ojos.

De manera que Peter Gordon, temblando de ira, optó por marcharse.

Uriah estuvo mirándole unos segundos. Luego se sirvió café, lo probó y asintió con la cabeza, aprobativamente. Aquel café sí era café. Acabó la ración, se sentó en una piedra y se incrustó el cigarro entre los dientes, mirando hacia donde habían marchado. Lorenzo, Logan y Martins.

Echó una bocanada de humo y movió pesarosamente la cabeza.

-Pobres insensatos —musitó.

## CAPÍTULO VII

Estaban los dos en el porche. Lucy, sentada en la vieja mecedora donde tantas noches se había sentado Helen. Y Ricky, en el más alto escalón. Los dos silenciosos. Expectante ella, sombrío él.

Jim Morgan volvería aquella noche. Quizá dentro de un par de horas, quizá tres o cuatro... Pero volvería. Y cuando volviese, Ricky iba a matarlo.

Ladeó la cabeza, para mirar a Lucy. ¡Y ella señaló con la mirada hacia el frente del rancho! Parecía un poco asustada ahora. Ricky miró hacia allá y vio a los dos jinetes que se acercaban. La certidumbre de que eran dos de los hombres de Morgan, hizo fruncir el ceño al muchacho.

—Entra en casa, Lucy.

—No... No, Ricky, por favor... Vámonos... Tenemos tiempo de marcharnos...

—Vete tú, si quieres. Yo estoy en mi casa, no tengo por qué marcharme de ella.

—Pero parecen..., parecen dos de los pistoleros...

—Yo también estoy armado. Que vengan.

—Si tú te quedas, yo..., yo me quedaré.

—No. Márchate. Y no te preocupes por mí. Con el revólver tocando mi pierna, me siento seguro, tranquilo. Estoy empezando a pensar que quizá un revólver no sea... una cosa tan mala como dicen. Es como un..., como un amigo fiel que...

—¡Ricky! —gimió la muchacha—. ¿Qué estás diciendo?

Ricky Ferguson tragó saliva. Su mano se deslizó hacia el revólver, acariciándolo suavemente.

—¡Tenía tantas ganas de llevarlo! Pero por no disgustar a mamá, por no mortificarla con el pensamiento de que yo acabaría siendo igual que mi padre, lo tenía escondido, y repudiaba a los pistoleros... Los repudio aún, pero...

—Por Dios... Por Dios, Ricky... ¡No sabes lo que estás diciendo!

—Sé lo que estoy diciendo: no rae disgusta tener un revólver. Y ahora, márchate; están ya demasiado cerca.

—No me iré.

—Entra en la casa, al menos. Y si algo..., algo sucediera, escapa por la puerta de la cocina, por detrás.

Lucy miró hacia los jinetes, que, en efecto, estaban ya muy cerca. Cuando los dos jinetes se detuvieron delante de la casa, ella estaba dentro, atisbando detrás de los cristales de una ventana. Podía oírlo todo muy bien.

—Hola, chico... —dijo uno de ellos—. ¿Podemos desmontar?

—No. Largo de aquí.

—Oye, sólo queremos un poco de agua... ¿Vas a negárnosla?

—Sí. Márchense.

Logan y Martins cambiaron una mirada. Volvieron a mirar a Ricky, con el ceño fruncido. Logan pasó una pierna por encima del pomo de su silla de montar.

—Pues aunque tú no quieras, nosotros... ¡Hey!

El grito de Logan fue de alarma, de espanto incrédulo al mismo tiempo. Mientras él desmontaba, el mocoso había tirado del revólver, y cuando vino a darse cuenta, cuando gritó, Ricky Ferguson ya estaba disparando, sin vacilaciones.

Y el grito de Logan acabó expresando dolor, porque la bala disparada por Ricky le dio en el brazo. El impacto, desde tan corta distancia, fue tan fuerte que arrancó a Logan de la silla, cuando estaba ya resbalando por ésta hacia el suelo...

Martins sacó el revólver antes de que Ricky pudiera atenderle, pero disparó con demasiada precipitación, todavía sorprendido por el veloz «saque» del muchacho... La bala pasó por encima de la cabeza de Ricky, dio en uno de los postes del porche, y arrancó un puñado de astillas antes de destrozarse los cristales de la ventana gemela a la que estaba Lucy.

Ricky giró entonces hacia Martins y disparó, al mismo tiempo que subía de un salto los escalones del porche. Y Martins salvó la vida porque se tiró del caballo, interponiéndolo entre él y Ricky, que respingó cuando la bala disparada ahora por Logan casi le tocó una oreja y se clavó en la puerta... Disparó contra Logan al mismo tiempo que saltaba hacia atrás... Vio el puñado de polvo que saltó contra el rostro del pistolero, que, tendido en el suelo, lleno de sangre un brazo, parecía dispuesto a continuar disparando...

Y disparó. Sólo que, para entonces, Ricky estaba ya dentro de la casa y había cerrado la puerta de un puntapié.

—¡Márchate! —gritó a la aterrada Lucy.

—No... No...

La cogió de un brazo, apartándola de la pared de la ventana, y casi la derribó al empujarla hacia el fondo de la casa, donde estaba la cocina.

—¡Vete!

Lucy retrocedió, casi cayendo, hacia la cocina. Ricky se acercó a un lado de la ventana, sacó un momento la cabeza, y al mismo tiempo que volvía a esconderla, disparaba hacia donde había visto a Martins. Oyó un grito de sobresalto y sonrió fríamente.

Una bala reventó la otra ventana, llenando el suelo de cristales y enviando un buen puñado hacia Ricky, que alzó instintivamente las manos, para protegerse el rostro..., cuando ya algunos de los cristales se habían clavado en su carne.

Estremecido de rabia, disparó otra vez hacia fuera, pero arriesgarse a sacar la cabeza... Tres o cuatro disparos en el exterior le obligaron incluso a dejar de disparar, momento que aprovechó para dedicarse a recargar rápidamente el revólver. Menos mal que Lucy debía estar escapando de allí, porque de lo contrario quizá ocurriese...

Se quedó atónito primero, y palideció inmediatamente, cuando vio a Lucy regresando de la cocina. Y no llegaba sola... Tras ella, sujetándola por los cabellos, y apoyando la punta de un revólver en la nuca de la muchacha, llegaba Lorenzo, sonriendo muy divertido.

—Ya basta, chamaco —aconsejó—. O sembramos la casa de sesos de esta niña...

Ricky quedó anonadado. Metió la última bala en el cilindro, captó perfectamente la expectante y maligna mirada del mexicano... y dejó caer el revólver al suelo.

—Eso es, chamaco... ¡Ya podéis entrar! —gritó—. Y tú, resabiao, vente «pacá», pero que muy tranquilo...

Ricky obedeció, cabizbajo. Fuera se oían las pisadas de Logan y Martins. El muchacho se detuvo ante Lucy, que ladeaba la cabeza, obligada por la presa que Lorenzo mantenía en sus cabellos. El mexicano la empujó de pronto hacia un rincón.

—¡Pónganse los dos...!

Recibió el derechazo de Ricky en pleno estómago, mientras la mano izquierda del muchacho desviaba el revólver. Lorenzo lanzó un chillido al recibir el puñetazo en el vientre, y todavía chilló más cuando el rodillazo de Ricky le alcanzó ahora más abajo del vientre, empujándolo hacia atrás, derribándolo... Mucho debió dolerle el golpe, porque incluso soltó el

revólver, hacia el cual se abalanzó Ricky cuando Martins saltando hacia él, le golpeó en la nuca con el cañón de su revólver.

\* \* \*

Rayo estaba en mangas de camisa, tendido cara al techo, en la cama. Había oído un fuerte rumor que se acercaba... Se incorporó vivamente, descolgó el cinto con el revólver, de los pies de la cama, y salió de ésta. Mientras se colocaba el cinto, miraba hacia la puerta, al otro lado de la cual el rumor era ya casi un rugido, acompañado de pisadas precipitadas.

La excitada voz de John Mulberry sonó al mismo tiempo que la fuerte llamada a la puerta:

—¡Abra, Rayo! ¡Somos nosotros!

Fruncido el ceño, el veterano pistolero abrió la puerta. Mulberry, muy pálido, espetó inmediatamente, temblorosa la voz:

—¡Van a matar a mi hija, la van a...!

Pareció ahogarse. En realidad estaba tan lívido que parecía un cadáver.

—¿Qué ha ocurrido? —musitó Rayo.

Josuah Crane, el viejo amigo del pistolero, se acercó a éste.

—Tres de los hombres de Morgan tienen a Lucy... y a Ricky. Peter lo vio, Rayo.

Éste miró a Peter Gordon, que se apresuró a explicar:

—Salí a echar un vistazo a mis tierras, a los canales de riego del lado... Vi a tres de los hombres de Gordon, ya cerca de la casa de Ricky. Uno de ellos, el mexicano, sé fue hacia la parte de atrás, y los otros dos se acercaron por el frente. Oí disparos y vi a Lucy saliendo por la puerta de atrás... El mexicano la atrapó, y la entró en la casa... Luego ya sólo oí el otro disparo. Estuve esperando un poco, por si salían, pero no lo hicieron... Y vine hacia aquí a toda prisa.

—¿No se le ocurrió ayudar a Ricky y a la chica, señor Gordon?

—¡Oiga...! —palideció Gordon—. ¡Yo no voy armado! ¿Cómo podría haberlos ayudado?

Rayo se quedó mirando la carabina que temblaba en las manos de Peter Gordon.

—¿No va armado? Y eso, ¿qué es? —señaló.

—¡Fui luego a buscarla! ¡Todos hemos sacado nuestras viejas armas!

Era cierto. Los diez o doce agricultores más importantes, los que parecían formar una sola masa que iba de un lado a otro, llevaban armas: viejas carabinas, revólveres oxidados, escopetas de dos cañones... Aquello era como un ejército reducidísimo de niños armados con palos y piedras...

—Rayo —gimió, siempre pálido, Mulberry—. Mi hija... ¡Mi hija!

El pistolero estuvo mirándole unos segundos. De pronto, dio media vuelta, entró en la habitación y se sentó en el borde de la cama, inescrutable el rostro. Los agricultores entraron tras él, como aturridos.

—¡No podemos quedarnos sentados ahora...! —chilló Mulberry—. ¡Tenemos que hacer algo!

—¿Eran solamente tres?

—Si... Tres.

—Pero Jim Morgan tiene más de tres hombres, ¿no? Y solamente tres fueron allí... Dos por delante, uno por detrás... No sé. No me parece el modo de ir a matar a un muchacho... No es lógico. Hay algo que no es lógico en esto.

—¡Los van a matar, mientras nosotros pensamos si es lógico o no! —gritó Mulberry—. ¡Y a mi hija la..., la van a...! ¡Dios mío!

—Tranquílcese, señor Mulberry. Esos hombres pretenden algo. Algo especial. Están dispuestos a esperar...

—¡En estos momentos quizá están... maltratando a mi hija, y habrán matado a Ricky!

—No... No, no... Si ha habido disparos, saben que alguien los habrá oído. Y, en cambio, en lugar de, por ejemplo, matar a Ricky y marcharse de allí con su hija, se han quedado en la casa... Quieren que alguien vaya a esa casa, para ayudar a los muchachos... Están esperando la gran presa que ha de ir a morder el cebo. Me están esperando a mí.

—¡Iremos todos, y usted nos dirá lo que tenemos que...!

-No. Ya han pensado eso. Y saben que yo les diré que, si vamos todos, matarán a los muchachos. Quieren que vaya yo solo... Saben que tengo que intentarlo yo solo. Y en cuanto me acerque, tirarán a matar —sonrió siniestramente—. Parece que están muy seguros de que yo voy a ir.

—¿Y... y no va a... a ir...? —tartamudeó Mulberry.

-Naturalmente, señor Gordon, Uriah Harrison no era ninguno de esos hombres.

-No... ¿Por qué dice naturalmente?

-Porque Uriah no pertenece al rebaño de cerdos. Está bien, señores, pueden marcharse. Vayan a la taberna y esperen.

—¡Está loco! —aulló Mulberry—. ¡No pienso ir a la taberna, mientras tres hombres tienen en su poder a mi hija y pueden...! ¡Todos estamos armados ahora! ¡Vamos para allá! ¡Hay que hacer algo!

-Yo lo haré. Márchense, y dejen mi caballo ante el local. Eso es todo.

Josuah Crane, que miraba expectante al pistolero, fue el primero en dirigirse hacia la puerta, tirando de un brazo de Mulberry. Peter Gordon, viendo la fría expresión del pistolero, parecía un poco preocupado, inquieto... Intrigado, en el fondo.

Rayo quedó solo en la habitación. Permaneció pensativo, todavía unos segundos, antes de dirigirse al armario. Sacó su petate, lo desenrolló y separó un envoltorio de lona, que una vez desenvuelto dejó visible un magnífico revólver, idéntico al que el pistolero llevaba en la cintura. Pausada, tranquilamente, Rayo fue introduciendo las seis balas en el bien engrasado revólver de reserva. Hecho esto, hizo girar el cilindro, para comprobar su facilidad giratoria, que era perfecta. Lo envolvió de nuevo en el trozo de lona y lo dejó sobre la cama. Guardó las demás cosas, se puso la chaqueta y escondió debajo de ésta el revólver envuelto en lona.

Cogió el sombrero y salió de la habitación. Delante del hotel le estaba esperando su caballo. Lo cogió de las bridas y caminó lentamente hacia la salida de Cana Valley. No se veía a nadie en la calle, excepto delante de la taberna, en cuyo porche estaban los agricultores, mirándole... Pasó por delante de ellos como si nadie hubiera allí.

Se detuvo luego delante del almacén de Fermín. Entró, y se quedó mirando al bigotudo mexicano, cuyos ojos se abrían enormemente.

-Goma elástica —dijo Rayo—. Es para sujetar las mangas de la camisa un poco altas, porque me vienen largas.

El mexicano asintió tontamente con la cabeza. Casi corrió hacia una de las estanterías, cogió de allí el pedido del pistolero, calculando la longitud del elástico, y lo envolvió rápidamente. Lo dejó delante de Rayo, quien, inmutable, desenvolvió el pequeño paquete, probó el elástico, y asintió con la cabeza.

-Córtelo por la mitad.

-Sí... Sí, señor.

Obedeció prestamente. Y Rayo no le dejó envolverlo de nuevo. Se metió en el bolsillo los dos trozos de elástico, dejó una moneda sobre el mostrador y salió de la tienda. Fermín salió al porche cuando, mirando por la ventana, le vio ya lejos, alejándose del pueblo. Los agricultores corrían hacia él por la acera de tablas.

—¡Fermín! —llamó Gordon—. ¿A qué ha entrado Rayo en tu tienda? —  
A comprar goma elástica para las mangas de su camisa.

Y Peter Gordon, fruncido el ceño y mirando también hacia el jinete, se preguntaba para qué podía querer justamente en aquel momento el elástico un hombre como Rayo, un hombre que... iba a morir.

¿O no?

## CAPÍTULO VIII

—¿No es linda la niña? —sonrió Lorenzo, alzando los rubios cabellos de Lucy—. Tan lindos cabellos... ¡Qué finos!

Martins y Logan sonrieron maliciosamente.

—Eres demasiado feo para ella, Lorenzo —dijo Logan.

Los dos volvieron a reír. Lorenzo estuvo unos segundos absorto. Aquellos cabellos en verdad tan rubios y finos. Parecía maravillado.

De pronto, volvió a reír. Su regordeta mano se deslizó hacia la nuca de la muchacha, que cerró los ojos y se estremeció, asustadísima.

—¡Qué bonita y qué blanca...!

—Quítale las manos de encima —casi tembló de ira la voz de Ricky—. ¡Quita de ahí esas manos, cerdo!

—Y tan suave... ¿Alguna vez habíais visto una piel tan fina y tan suave?

Logan y Martins estaban cada uno junto a una ventana, con un rifle en las manos. Lucy y Ricky estaban sentados en sillas, con las manos atadas a la espalda. Lorenzo había dejado su rifle junto a la puerta de la cocina cuando, después de mucho mirar a Lucy, se había decidido a aprovechar la ocasión para poner sus renegras manos en la fina piel de la muchacha.

Aquello era demasiado para Lorenzo. Manteniendo forzada hacia atrás la cabeza de Lucy, se inclinó, buscando con sus gruesos labios los mucho más delicados de la muchacha.

Ricky lanzó un ronco grito de rabia y se tiró de cabeza contra el mexicano. El cabezazo acertó a Lorenzo justamente en el hígado, con tal fuerza que lo derribó violentamente de espaldas, casi arrastrando consigo a Lucy. Ricky lo siguió, casi desorbitados los ojos por la furia. Martins había gritado el aviso demasiado tarde para Lorenzo, pero ahora saltaba hacia Ricky, en el momento en que éste llegaba junto al caído mexicano.

Ricky Ferguson lanzó un fortísimo puntapié, que acertó de lleno la tripa voluminosa de Lorenzo, cuyo grito fue más bien un brutal berrido. Otro puntapié le alcanzó en los riñones, al rodar encogido para alejarse de los pies del enfurecido muchacho... De haber estado los dos solos, la solución a la

pelea la habría puesto, sin duda, el revólver de Lorenzo. O bien, Ricky no le habría dejado sacar el revólver, machacándole a puntapiés. Pero la intervención de Martins fue decisiva.

Un culatazo de rifle alcanzó a Ricky justo en el centro de la espalda, tirándole contra la pared, sin resuello, como partido por el dolor... Rebotó fuertemente, de espaldas, y Martins volvió a golpearle, ahora en un hombro. El muchacho giró por el tremendo impacto, dio de lado contra la pared, volvió a rebotar... y Martins le acertó de lleno en el pecho con la culata. Ricky Ferguson fue una vez más contra la pared. Y otra vez rebotó, ahora blandamente, y rodó a los pies de Martins, que volvió el rifle a la posición de disparo, apoyó la boca de acero en una sien de Ricky...

—¡No! —jadeó Lorenzo— ¡No, Martins!

—¿Qué te pasa ahora? —gruñó el pistolero—... ¡Vamos a quitar de en medio a este mocoso de una vez!

—No... Quiero conservarlo vivo —Lorenzo se puso en pie, jadeando ruidosamente, estremecido de dolor y odio—. Quiero conservarlo vivo, Martins. ¡Nos lo llevaremos! ¡Y a la chica también! ¡Y él tendrá que presenciar mucho más que unos besos... antes de morir!

—Estás loco... No podemos complicarnos la vida con estas cosas. Lorenzo. Acabemos con él y ya está.

—Lorenzo tiene razón —dijo Logan, desde la ventana—. Es mejor que, por el momento, los conservemos vivos.

—¿Porqué?

—¿Qué pasará si vienen todos los agricultores, en lugar de venir solamente Rayo? Si viene solo mataremos a Rayo, y ya está. Pero si las cosas se complican, saldremos muy fácilmente de aquí si tenemos vivos a los muchachos. Podemos protegernos con ellos.

—¡Está bien... Está bien! Pero le partiré la cabeza si vuelve a intentar algo. Y tú, Lorenzo, maldito seas, dedícate a vigilar y deja a la chica tranquila, de momento.

Lorenzo asintió con la cabeza, todavía respirando con evidente dificultad, ceniciento su moreno rostro. Se acercó tambaleante al desvanecido Ricky, y le atizó un puntapié en pleno estómago, por un lado... Lucy bajó la cabeza, sollozando, pero el mexicano se la alzó por su habitual procedimiento de tirarle de los cabellos.

—¡Los dos vais a llorar por esto! —aulló Lorenzo—. ¡Tu amigo no ha querido ver unos besos, y tendrá que ver cosas mucho peores! Luego le sacaré los ojos y le...

—Cierra la boca —gruñó Logan—. Me estás dando náuseas. Esas cosas se hacen, pero no es necesario darles tanta importancia. Coge tu rifle y ve a echar un vistazo por la parte de atrás.

Lorenzo se quedó mirando malignamente al herido Logan, que ya había vendado su brazo izquierdo con un sucio pañuelo. Lo cierto era que Logan tenía razón, de modo que el mexicano soltó los cabellos de Lucy y se dirigió hacia donde estaba su rifle, apoyado en la pared. Salió de la casa.

Regresó un minuto después.

—Nada —gruñó.

Se sentó en el suelo, con el rifle entre las piernas, apuntando al techo, pero con gran facilidad para maniobrar hacia la cocina. El silencio era absoluto. Logan y Martins no dejaban de mirar por las ventanas. No era probable que Rayo fuese tan estúpido como para ir allá él solo... ¿A santo de qué?

Pocos minutos después, Ricky recuperó el conocimiento. Se volvió hacia Lucy, con expresión de sobresalto. Expresión que desapareció enseguida al ver a la muchacha sana y salva, mirándole a él, angustiada.

—¿Estás..., estás bien, Ricky...?

Se puso en pie, tambaleante, pálido, dolorido por los golpes. Logan, Martins y, sobre todo, Lorenzo, no le perdían de vista. Martins estaba liando un cigarrillo. Por fin, una de esas veces, se quedó inmóvil un instante. Luego tiró el cigarrillo inacabado, y silbó quedamente, llamando la atención de sus compañeros, señalando hacia las colinas.

Lorenzo se acercó, colocándose junto a él. Un jinete solitario cabalgaba lentamente hacia allí.

—¿Creéis que es Rayo? —musitó.

—¿Quién, si no? En todo ese cochino pueblo no hay nadie que tenga narices para hacer esto.

—Lo tenemos al alcance... ¿Tiramos ya?

—No... Espera. No me gusta esto. Logan. Lorenzo, ve a echar un vistazo por detrás.

El mexicano obedeció. Cuando regresó junto a Martins, el jinete estaba ya muy cerca. Tanto, que se podía distinguir perfectamente su rostro enjuto, sombrío, y sus grises cabellos en los aladares.

—No se ve nada —musitó el mexicano.

—Pues algún truco tiene preparado Rayo...

—Quizá confía en vencemos...

—No digas tonterías. Si estuviéramos los tres al alcance de su vista, cara a cara, me creería cualquier cosa. Pero un tipo que lleva tantos años viviendo

del revólver no puede ser tan tonto. ¿Por qué tanto riesgo por dos desconocidos? ¡No me gusta esto!

—Pero podemos matarlo —dijo Logan—. ¿Por qué demonios insistes en complicar tanto las cosas?

—Se me ocurre una idea —sonrió Lorenzo—. ¿Por qué no lo peinamos con *whisky*?

—¿Qué idioteces dices ahora? —masculló despectivamente Martins.

—Uriah dijo que nadie podía hacerle eso a Rayo... ¿Por qué no lo llevamos vivo allá y lo peinamos con *whisky* delante de él, lo colgamos y...? ¡Podríamos reírnos un poco de Uriah!

—Mira, Lorenzo, no todos tenemos tu sentido del humor. Ve otra vez a mirar por allá atrás.

—¡Estoy hasta el bigote de salir y entrar!

—Pues afeítate el bigote. Y ve a mirar. Luego te quedas en la otra puerta, pero dentro. Ve con cuidado.

Cuando Lorenzo volvió aquella vez, Martins y Logan estaban apuntando al jinete, que se había detenido apenas a treinta metros del porche. Era un blanco absolutamente fácil, infalible. Martins volvió un instante la cabeza hacia el mexicano, que movió la suya negativamente. Nada. Nadie.

De pronto, llegó hasta ellos la voz, fría, calmada:

—¡Soy Rayo! ¿Pueden oírme?

—¡Y te vemos muy bien! —gritó Martins—. ¿Qué hay?

—Quiero hablar con vosotros. Y os conviene escucharme. ¿Puedo entrar en la casa?

—Déjame que le llene de plomo la cabeza —se excitó Logan—. No podemos fiarnos de él. ¿Qué puede proponemos que nos interese?

Martins no le hizo caso. Estaba mirando atentamente al fabuloso pistolero, que permanecía a caballo, tranquilo. Atrás no había nadie, según decía Lorenzo. Tampoco se veía gente en las colinas circundantes.

—Quizá si nos haga una oferta interesante —musitó.

—Que venga aquí —propuso Lorenzo—. Pero desarmado. Y si hace alguna cosa rara lo pelamos. Si no, lo llevamos a la misión, lo peinamos con *whisky* y nos reímos un rato... ¿No que sí?

—¡Rayo! —gritó Martins—. ¡Desmonte, tire sus armas, y venga hacia aquí muy despacio!

Le vieron desmontar, lentamente, ya con las manos alzadas, sin tocar el pomo de la silla, en la cual quedó el rifle. Luego le vieron adelantar unos pasos, muy pocos. Se detuvo, y manteniendo la mano izquierda en alto, se

desabrochó el cinto con la derecha... Segundos después, el cinto caía al suelo, con el revólver en la funda. Y Rayo volvió a alzar el brazo derecho.

Lorenzo sonrió, y lo mismo hizo Logan. Pero Martins era más desconfiado, y no encontraba todavía un sólido motivo para sonreír. Rayo caminaba ya hacia la casa. Se detuvo en el borde del porche, mirando a Martins y a Lorenzo. Luego, a Logan.

—¿Puedo entrar?

Lorenzo desapareció de la ventana. La puerta se abría segundos después, pero sin que nadie apareciese en el umbral. Rayo subió al porche y se detuvo, por fin, en el umbral. Ninguno de aquellos tres hombres estaba ya en la ventana. Lorenzo estaba detrás de Lucy, con el revólver en la mano apuntando a la nuca de la muchacha. Martins y Logan estaban más al fondo, separados, apuntando a Rayo con sus revólveres, mucho más útiles en corta distancia que un rifle, más manejables.

Los tres miraban fijamente al pistolero, expectantes. Lucy parecía asustada, y Ricky, por encima de todo, asombrado.

—¿Está loco? —musitó—. ¿No comprende que lo van a matar?

Rayo encogió los hombros y volvió a mirar a Martins.

—Tengo una oferta que haceros: diez mil dólares.

—¿Dónde tienes ese dinero?

—Lo tengo. Puedo pagaros esa cantidad cuando vosotros queráis..., después de dejarnos marchar a los tres.

Lorenzo rió agudamente.

—¡Y decíamos que era tonto! —exclamó—. ¡No más parece que el Rayo es demasiado listo! ¡El gran marrajo...!

—Cierra la boca, Lorenzo —gruñó Martins—. Lo que él dice tiene sentido. Si no fuese verdad, no se habría atrevido a venir... No, al menos, por salvar a los muchachos...

—Yo creo que miente —dijo Logan—. Y, de todos, modos, jamás nos daría ese dinero. Liquidémosle y asunto arreglado...

—Vais a perder tontamente diez mil dólares —dijo Rayo.

—¿Cuándo nos los entregarías?

—Muy pronto... ¿Puedo bajar los brazos?

Martins sonrió cruelmente. Hizo una seña a Logan, que se acercó cautamente a Rayo, sin dejar de apuntarle y sin interponerse entre éste y sus compañeros. Rayo permaneció con los brazos en alto, inmóvil, mientras Logan palpaba sus ropas... Cuando acabó, se le quedó mirando incrédulamente.

Lorenzo se apartó de Lucy, riendo, siempre divertido.

—«Pos» podemos peinarlo con *whisky*, ¡qué bien...! ¿Alguna vez te han peinado con *whisky*, Rayo? Después se le cuelga a uno cabeza abajo y...

Rayo dejó de mirar despectivamente al mexicano, para encararse nuevamente a Martins, todavía en alto los brazos.

—¿Qué decís? Mi vida o diez mil dólares...

Bajó los brazos, lentamente, como fatigado, llevando la mano derecha al dorso de la izquierda, en un ademán indiferente, normal...

Lorenzo, que estaba más de lado con respecto a él, fue el primero en descubrir la auténtica jugada de Rayo. Pero ni siquiera tuvo tiempo de abrir la boca, porque Rayo, que también sabía que el mexicano era el que mejor línea visual tenía, ya había saltado contra él, de lado, golpeándole en un hombro, tan velozmente, tan de sorpresa, que el estupefacto Lorenzo salió disparado, catapultado violentísimamente, soltando el revólver en su desesperado manoteo...

Y mientras empujaba a Lorenzo, Rayo apretaba el gatillo del revólver que llevaba introducido en la manga de la chaqueta, con la culata hacia arriba y sujeto al antebrazo por dos tiras de elástico, pegada la culata al dorso de la mano...

Todo sucedió apenas en tres segundos, a una velocidad vertiginosa.

La primera bala disparada por Rayo acertó en la frente a Martins, que ni siquiera llegó a darse cuenta del truco empleado por su colega del bando contrario. Saltó hacia atrás, con un brevísimo chillido producido por el último espanto, al comprender que, efectivamente, Rayo había jugado su propia baza. Pero eso fue todo.

Simultáneamente con el primer disparo, Rayo se dejaba caer de lado, apuntando ahora su codo en dirección a Logan, que estaba apretando el gatillo nerviosamente, casi gritando enloquecido, porque, al mismo tiempo que apretaba el gatillo, comprendía que Rayo se salía de la línea de tiro...

La bala disparada por Logan alcanzó el blanco, sin embargo... Rayo lanzó un contenido grito cuando el plomo segó sus ropas y la carne de su costado derecho. Fue apenas un roce ardiente, pero suficiente para abrir la carne como con el más afilado cuchillo.

Logan tuvo aún peor suerte. Recibió el balazo en un hombro, de lleno, y giró hacia atrás bruscamente... Cuando, siguiendo aquel giro, daba de nuevo la cara a Rayo, éste le metió la segunda bala, justo en el centro del corazón, tirando a Logan como si fuese un guiñapo, de espaldas, hacia un rincón.

Al mismo tiempo sonaba el quinto disparo dentro de la casa. Rayo había visto a Lorenzo lanzarse hacia donde estaba su rifle, empuñarlo, volverse... Todo eso, con el rabillo del ojo, mientras disparaba contra Logan, calculando el tiempo a la milésima de segundo, moviéndose a velocidad desesperada.

Pero aquel quinto disparo no brotó de su revólver. Ni del rifle de Lorenzo.

El estampido brotó a la derecha de Rayo, a ras del suelo. Y enseguida otro. Y otro, y otro...

Tendido de lado en el suelo, Ricky Ferguson estaba disparando contra el mexicano, sujetando el revólver ferozmente con la mano derecha, atada a la izquierda por la muñeca, y a la espalda ambas. Una difícilísima postura, pero cada vez que Ricky apretaba el gatillo del revólver del propio Lorenzo, éste lanzaba un chillido y se estremecía, se agitaba, parecía saltar como una bola enorme, olvidado completamente del rifle, que había saltado de sus manos al recibir el primer balazo en la barriga. Luego, recibió uno en un hombro, otro en la barriga, otro en el corazón.

Cayó como un enorme fardo que de pronto se deshincha, disminuye de tamaño... Y rodó casi hasta los pies de Lucy, que gritó horrorizada cuando el ensangrentado cuerpo del mexicano quedó junto a ella, abiertos los ojos, un hilillo de sangre en un lado de la boca...

Y de pronto, el silencio.

Casi enseguida, los sollozos de Lucy, que había cerrado los ojos y daba rienda suelta al miedo que había estado pasando desde que aparecieron aquellos tres hombres.

Rayo tenía la manga izquierda abrasada por la pólvora, quemada por su propio revólver, y se veía un gran boquete chamuscado en negro a la altura del codo. Inevitablemente, cada disparo tenía que haberle costado una feroz quemadura en el antebrazo y codo izquierdos. Pero se dedicó a desatar a Ricky en silencio, mientras el muchacho miraba solamente a Lucy, vuelto de espaldas al pistolero. Apenas estuvo suelto, fue hacia ella y comenzó a desatarla, calmándola...

Rayo se dedicó a examinar a Logan, Lorenzo y Martins. Los tres estaban muertos.

Convencido de esto, decidió ocuparse entonces de sí mismo, siempre en silencio. Se quitó la chaqueta y luego arrancó la manga de la camisa. El revólver quedó a la vista, fuertemente sujeto al antebrazo por las tiras elásticas, que, al mismo tiempo, lo mantenían bien pegado a la carne, permitían en un momento dado su fácil movimiento, lo cual no habría ocurrido de haber sido atado el revólver con cuerda o cordel...

En efecto, la carne de Rayo mostraba una negra quemadura bordeada de rojo, que debía dolerle considerablemente, a pesar de su mueca impávida, indiferente.

Alzó la cabeza, como sorprendido, al oír la voz de Ricky, apenas un susurro:

—Ése es un buen truco, Rayo.

—Tú tampoco lo has hecho mal —se quedó mirando a los dos jóvenes, que estaban muy juntos, abrazados, y, de pronto, sonrió casi humanamente—. ¿Cómo va el susto?

Lucy intentó sonreír. Todavía no parecía tener fuerzas para hablar.

Ricky frunció el ceño.

—No me han asustado esos tipos —aseguró, hoscamente.

—Pues eres más valiente que yo —admitió irónicamente el pistolero—, porque a mí si me asustó mucho venir a enfrentarme con ellos en estas condiciones. Y eran mejores que las tuyas.

—Usted..., usted —pudo hablar Lucy, por fin—, ha arriesgado su vida por nosotros, señor... No sé cómo decirle cuánto se lo agradezco...

—No es necesario. ¿Nos vamos?

Ricky se acercó a él, y estuvo mirándole fijamente antes de musitar:

—Bien... Creo que si soy de los que admiten sus errores, Rayo. Quizá no sea tan malo ser pistolero, después de todo. Lo malo es llevar el revólver sin saber usarlo. Pero cuando se sabe manejarlo como usted, uno se convierte en invencible. Puede que yo decida no guardar más el revólver. Está muy bien en mi pierna... Mejor que en un viejo baúl.

—¿Piensas contratarte de pistolero? —inquirió Rayo, irónico.

—Llevar revólver no quiere decir que uno sea pistolero.

—Ricky, por favor —suplicó Lucy—, no vuelvas a decir eso otra vez. ¡No podría soportar verte siempre con ese revólver!

—Ya te he dicho que no seré nunca un pistolero. Pero será mejor que te acostumbres a verme con revólver.

—Será mejor que vayamos todos al pueblo —susurró Rayo, que no parecía alterarse por nada—. No podemos arriesgarnos a qué los demás hombres de Morgan nos sitien aquí.

Salió de la casa, seguido por Lucy y Ricky, este último frunció una vez más el ceño. Antes de partir, Rayo amarró juntas las bridas de los caballos de Lorenzo, Martins y Logan. Luego entró en la casa, y salió cargado con las armas pertenecientes a los muertos, que cargó en uno de los caballos. Montó y señaló hacia la casa.

—He sacado los cadáveres al patio de atrás... De momento, están bien ahí, hasta mañana.

—¿Hasta mañana? —murmuró Lucy—. Pero durante la noche...

—No merecen mejor suerte que ser devorados —dijo Rayo—. Además, esta noche nadie saldrá del pueblo sin mi permiso. Sé lo que digo.

Movió su caballo, hacia las colinas, llevando en una mano las bridas de los otros tres. Los dos jóvenes fueron tras él, en el calesín de los Mulberry llevando amarrado al vehículo el caballo de Ricky.

Rayo miró a los agricultores que habían acudido al vestíbulo del hotel, y les señaló los tres rifles y los revólveres de los hombres que habían matado él y Ricky...

—Para ustedes. Y no salgan del pueblo, para nada.

—Yo..., yo tengo que ir a cerrar los canales de riego —musitó Gordon.

-Allá usted. ¿Puedo servirles en algo más?

Mulberry se colocó ante él, emocionado.

-Yo..., yo no sé cómo agradecerle...

-Muy fácilmente: págueme cinco mil dólares por la vida de su hija y estaremos en paz. ¿O no vale su hija ese dinero?

-Sí, lo vale —murmuró Mulberry, pálido.

Estuvo unos segundos mirando fijamente al pistolero, igual que los demás agricultores, la mayoría con el ceño fruncido. De pronto. Mulberry dio la vuelta y se dirigió a la salida del hotel, seguido por todos los demás..., excepto Josuah Crane. Éste murmuró, en cuanto estuvo a solas con el pistolero:

-Te estás mortificando demasiado.

-Tal vez —admitió Rayo—, pero mi hijo estaba empezando a admirarme, y ése podría ser su primer paso para convertirse en pistolero. Prefiero que me desprecie por pedir dinero por la vida de esa jovencita.

-Allá tú. Pero creo que no deberías...

—¿Puedo pedirte un favor, Josuah? Déjame solo y envíame una botella de *whisky*.

-No sé por qué —susurró Josuah Crane— pienso que tú nunca has querido a nadie. Pero te enviaré esa maldita botella.

## CAPÍTULO IX

Ciertamente, Peter Gordon no había ido a hacer nada relacionado con los canales de riego. Había acudido junto a los pistoleros que se suponían temporalmente encabezados por Smith, y los reproches se habían sucedido por ambas partes. Hasta que Uriah Harrison dijo:

—Pero bueno, ¿qué creía usted que es un pistolero profesional de primera calidad? Para matar a Rayo hay que tener narices, y no ser menos listo ni rápido que él. Es muy fácil de comprender, me parece a mí.

—¿Algo así como usted? —preguntó Gordon.

—Por ejemplo —sonrió Uriah.

—Muy bien, vaya a matar a: Rayo usted, y todos contentos.

—De acuerdo —ni se inmutó Uriah—, pero por ese trabajo extra quiero diez mil dólares.

Hubo exclamaciones de rabia, de furia..., y de codicia, ésta por parte de Gordon.

—¡Está loco! —exclamó Gordon—. ¡Diez mil dólares! Rayo ha pedido cinco mil por luchar contra tres hombres y usted...

—Ah, ¿Rayo ha pedido cinco mil?

—De acuerdo, que sean cinco mil. Pero los quiero ahora mismo.

—¡No llevo semejante cantidad encima! Pero se la daré en el pueblo... Si ve entonces que le engaño, puede matarme. No le costaría mucho.

—No —sonrió Uriah—. ¡No me costaría gran cosa, desde luego!

Sin más, Uriah Harrison montó en su caballo y partió hacia Cana Valley. Gordon miró maliciosamente a los restantes pistoleros: O'Hara, Colter, Simons, Spencer y Smith, y dijo:

—No sé a quién odio más, si a Rayo o a Harrison. De cualquier modo, se me ha ocurrido una idea que seguramente va a gustaros... Dejaremos que se enfrenten Harrison y Rayo, y luego...

\* \* \*

—¡Rayo! ¡Te estoy esperando!

La voz de Uriah llegó nítidamente hasta Rayo, que estaba sentado en una mecedora en el porche del hotel. Había visto llegar a Harrison, le había mirado mientras desmontaba, y luego mientras el pistolero se colocaba en el centro de la calzada, caminando lentamente, para por fin, como Rayo había comprendido, encararse a él.

Lentamente también, el veterano pistolero se puso en pie, y dijo:

—¿No sería mejor que lo dejásemos, Uriah?

—No puedo hacerlo, ya me comprendes. ¿Necesitas ayudantes ahora?

Rayo se desconcertó al oír esto. Miró a su derecha, y vio a Ricky en la acera de tablas, vigilando estrechamente a Uriah. Era el único que estaba en la calle, aparte de ellos dos.

—Ricky —ordenó fríamente—, no te metas en esto.

—¿Cree que quiero ayudarle a usted? —replicó ásperamente el muchacho—. Pues se equivoca: sólo quiero ver cómo lo hacen ustedes.

Rayo quedó como petrificado. Luego asintió y se acercó a Harrison, diciendo:

—Cuando tú quieras, Uriah...

—¡Rayo! —gritó de pronto Ricky—. ¡En el tejado...!

Todavía estaba Ricky gritando, cuando ya Rayo y Uriah disparaban a la vez, pero el uno contra el otro, ciertamente...

Entonces, en lo alto del tejado, el hombre del rifle se estremeció en dos violentas sacudidas, y casi al instante en una tercera. Fue como si estuviese vibrando. Las balas disparadas por Rayo y Uriah llegaron casi a la vez, y enseguida la de Ricky... Y tan sólo con aquella simultaneidad de disparos contra el mismo hombre, todos supieron a qué atenerse...

De otro tejado surgió la figura de un hombre, también con un rifle en las manos, apuntando hacia Uriah, el cual, a su vez, estaba viendo al tercer hombre, que apuntaba a la espalda de Rayo, desde otro tejado...

Los dos pistoleros dispararon de nuevo a la vez, cruzando sus balas, ignorándose ahora el uno al otro. Y mientras Spencer, con tres balas en el cuerpo, rodaba por el tejado hacia el sombrero del porche de aquella casa, Rayo disparaba contra Colter, que parecía dispuesto a matar a Uriah desde el tejado; y Uriah disparaba contra Simons, que había elegido como blanco a Rayo... Fue un mutuo salvamento de vidas.

Colter recibió el balazo en el estómago, y empezó a chillar, saltando de un lado a otro del inclinado tejado, mientras Spencer, el primero en morir de tres balazos llegaba por fin a la polvorienta calzada, con seco golpe. Simons aún

tuvo peor suerte, porque mientras Colter, tras chillar un par de veces con toda su furia, moría bruscamente y quedaba colgado en el canalón del tejado, él recibía un balazo en el ojo derecho, de refilón... El ojo reventó, su cara se llenó de sangre..., pero conservó toda su vitalidad... hasta que recibió el segundo balazo, en el centro del pecho. El impacto fue tan duro, que saltó de espaldas hacia la otra vertiente del tejado...

O'Hara apareció en una bocacalle, y quizá habría matado a Rayo si Ricky no hubiese disparado sobre él... No le acertó, pero la bala, al dar en la esquina de la casa, arrancó miles de diminutas astillas, que fueron a los ojos de O'Hara quien lanzó un alarido y salió a la calle principal, dando tumbos y gritando cada vez con más fuerza...

Los tres revólveres se volvieron hacia él lanzando sus plomos candentes... Se oyeron los secos chasquidos de las balas contra la carne de O'Hara, que dejó de gritar, pero no de moverse de un lado a otro, en violentas sacudidas... En realidad ya estaba muerto, pero la fuerza de los mismos impactos lo sostenían en pie.

—¡Uriah! —advirtió Rayo.

El rubio tejano vio dónde miraba Rayo y se volvió. Tuvo el tiempo justo de ver a Smith en otra esquina... A Smith y al fogonazo que brotaba del rifle del pistolero de baja categoría...

Oyó el grito de Smith pero, al mismo tiempo que comprendía que le había herido, recibía el tremendo impacto de la bala de rifle, en pleno muslo derecho, con tan terrible fuerza que lo revolcó aparatosamente, rodando por el polvo, en el cual había estado tendido.

Rayo y Ricky dispararon también contra Smith, que había desaparecido tras la esquina. Parecía que las balas estuvieran imantadas unas a otras, daban casi en el mismo sitio, astillando la madera...

Ricky echó a correr hacia aquella esquina, pero Rayo le disparó delante de los pies, y cuando, tras saltar y rodar por el polvo, el muchacho miró desconcertado a todos lados, el pistolero señaló hacia uno de los abrevaderos.

—¡Ve allí! ¡Y no te muevas!

—¡Se va a escapar! —gritó Ricky.

—¡Déjalo que se vaya al infierno!

Rayo se incorporó, cubierto de polvo, y corrió hacia Uriah, que estaba sentado en el suelo, sacando uno de sus negros cigarrillos. Se acuclilló junto a él y se quedó mirándole. Vio la herida en el muslo y sonrió aviesamente.

—Vaya... Eres un tipo de suerte, ¿eh?

En aquel momento, detrás de la acera izquierda, se oía el galopar de un caballo alejándose.

—Nada menos que se larga Smith —refunfuñó Uriah—. El muy cochino no parará de galopar hasta el infierno, desde luego... Ya le dije que para sorprenderme a mí tenía que llover *whisky*... —se quitó el sombrero y lo tendió, con la copa hacia abajo, como esperando recoger lluvia del cielo—. Y no veo que llueva *whisky*...

—Yo tampoco.

Uriah señaló con el revólver a Ricky, que todavía estaba tenso junto al abrevadero.

—¿Por qué no le dices que se calme? —rió.

Y torció el gesto cuando, debido al movimiento de la risa, tuvo la sensación de recibir un quemante lanzazo en la pierna.

Entonces fue Rayo quien sonrió secamente.

—Tendremos que dejar la pelea para mejor ocasión, Uriah. ¡Eh, chico!

Ricky corrió hacia ellos, mirando a todos lados, lo cual provocó un par de irónicas sonrisas en los profesionales del revólver. Se acuclilló junto a los dos, mirando todavía desconcertado a Uriah.

—No les entiendo —musitó—. No les entiendo a ustedes...

—Tampoco hace falta —replicó ásperamente Rayo—. ¿Hay médico por aquí?

—No... Está en Gold Valley, a unas treinta millas... Pero el señor Gordon entiende algo de estas cosas. Es veterinario.

Uriah frunció el ceño. Y, de pronto, se echó a reír, para contenerse inmediatamente, mascullando algo.

—Ve a buscar al señor Gordon —dijo Rayo—, que venga al hotel para atender a Uriah.

—Y dile —chispearon maliciosamente los ojos del tejano—, que si no viene él, iré yo a buscarle... Me recuerdas a alguien... O te he visto antes... Oye, Rayo, ¿no crees que este muchacho se parece a alguien que...?

Se calló de pronto, atónito. Miró a Ricky, a Rayo, a Ricky, de nuevo a Rayo... Las miradas de los dos pistoleros quedaron por un instante como soldadas una en otra.

Ricky fue en busca de Peter Gordon, mientras Rayo ayudaba a Uriah a ponerse en pie.

—Hablas demasiado —musitó Rayo.

—Y tú muy poco. ¿No podías decírmelo?

Los dos miraban hacia Ricky, que se alejaba rápidamente al encuentro de los agricultores que iban saliendo ya tranquilizados a la calle...

Y Peter Gordon entraba en aquel momento en Cana Valley. Ricky lo vio y corrió hacia él llamándole. Y por un momento tuvo la impresión de que Gordon iba a volver grupas al caballo para alejarse...

La mayoría de los agricultores acudían a converger, todavía en la calzada, con Rayo y Uriah, ayudado éste por el primero, hacia el hotel. Como siempre, John Mulberry llevaba la voz cantante.

—¿Cuál es el significado de todo esto, Rayó?

—Ninguno especial. Es sólo una pelea, señor Mulberry.

—¡Pues nosotros no lo entendemos! ¡Usted y este hombre iban a matarse y de pronto... No lo entendemos! Además, él es uno de los pistoleros de Morgan.

—¿Y qué? —replicó secamente Rayo—. Uriah vino a matarme, es cierto. Pero no le gustó la cochinada que organizaron sus compañeros.

—¡Sus compañeros! ¿Está seguro de que él no ha tenido nada que ver con la encerrona?

Uriah se echó a reír, y Rayo, por el contrario, miró ceñudamente a Mulberry.

—¿Por qué no nos dejan en paz? Si no entienden nada de nada, lárguense a manejar sus arados. O váyanse al demonio.

Uriah continuaba riendo, mirando, socarrón, a los agricultores. Rayo le ayudó a subir al porche y luego a entrar en el hotel. Lo llevó a un sillón, lo dejó sentado y se acercó a la ventana... Los agricultores estaban fuera comentando excitadamente aquel estado de cosas que no acababan de comprender... Ricky y Peter Gordon, éste un tanto pálido, se acercaban... Gordon entró en el hotel y Ricky quedó fuera, pero siempre vigilante hacia la punta de la calle, dispuesto a no perderse la llegada de Morgan..., que ya no podía tardar demasiado. Empezaban a verse las primeras sombras negras de la noche.

—Hola, hola, hola, doctor —saludó amablemente Uriah—. ¿Cómo está usted? ¿Venía de dar un paseo?

Rayo se volvió. Captó perfectamente la fría dureza que se escondía tras la sonrisa de Uriah y la evidentísima palidez de Peter Gordon, que parecía casi tembloroso, pálido. Que se fuesen al infierno él y su miedo. ¿Por qué había de tenerlo?

Rayo se acercó nuevamente a la ventana y Uriah aprovechó para coger rudamente a Gordon por una solapa, obligándole a inclinarse.

—Diga que tiene que llevarme a su casa para poder curarme.

Fue un susurro que Rayo no podía oír Gordon asintió con la cabeza, cada vez más pálido y asustado. Cuando quiso hablar, la voz se le quebró, y Rayo se volvió para mirarle, sorprendido.

—Tengo... Creo que..., que sería mejor llevarlo a mi casa... Tengo allí instrumentos más..., más adecuados...

—Está bien. ¿Podrás, Uriah?

El tejano lanzó un gruñido.

—Y sin tu ayuda. Me fastidian los tipos tan amables, Rayo... ¿Por qué no te ocupas de tus asuntos?

—Bueno —sonrió Rayo.

Peter Gordon no tuvo más remedio que ayudar a Uriah, el cual no dejaba de mirarlo con aquella expresión socarrona, cargada de malicia y de peligro, de amenaza. Salieron los dos del hotel...

\* \* \*

—¿Sabe que el puerco de Smith ha escapado? No sabía nada, ¿verdad? —rió Uriah, que parecía un gato jugando con un ratón—. Pues sí, escapó, cualquiera sabe dónde.

—Quizá..., quizá haya ido a la misión...

—No creo. Si los agricultores empiezan a sacar cuentas sabrán que sólo queda él... Y allá irían a buscarlo en primer lugar. Por lo tanto no creo que Smith haya cometido la estupidez de ir a refugiarse allá. Estará ya en el quinto infierno, galopando a toda espuela, sangrando como un cerdo... Ya volveremos a vernos cualquier día.

Uriah estaba sentado en una mesa, y junto a él se veían algunos instrumentos quirúrgicos. Peter Gordon, subidas las mangas de la camisa, estaba acondicionando los últimos detalles. Sobre una silla, una gran olla de cobre llena de agua caliente.

—Tengo..., tengo que extraerle la bala... Quizá se... se desmaye...

El tejano sonrió divertido. Sacó el revólver y casi lo metió en la nariz de Gordon.

—No me desmayaré —susurró—. Y además de eso, en cuanto me parezca que usted intenta otra sucia jugada, lo mato. Saque la bala. Luego hablaremos usted y yo, cerdo.

Gordon tragó saliva y empezó a trabajar en el boquete del muslo del tejano, que palideció súbitamente, cuando las pinzas entraron en su carne en busca de la bala. Por un instante, pareció que fuese a desmayarse; pero apretó los dientes y aguantó, sin dejar de mirar a Peter Gordon.

—Tenga..., tenga cuidado —jadeó—. Yo no soy un... caballo...

—Ni yo un médico.

Un minuto después, Peter Gordon alzaba las pinzas con la bala del rifle sujeta en los extremos. La puso ante los ojos de Uriah, que tenía el rostro completamente lívido.

—Ha tenido suerte —musitó Gordon—. Una bala de ese calibre es suficiente para romperle un hueso a un caballo.

—¿Y usted... no tiene un poco de *whisky*?

Gordon fue al aparador, sacó una botella y la tendió a Uriah, que bebió inmediatamente un trago, mirando siempre al traidor y sosteniendo el revólver en su sudorosa mano.

—Acabe —gruñó, algo recuperado—. Véndeme todo lo bien que sepa... Tan bien que pueda soportar una jornada a caballo.

—No puede montar.

—Podré. Acabe..., señor.

Peter Gordon invirtió en ello casi cinco minutos, colocando un espeso y solidísimo vendaje.

—Harrison..., ¿qué piensa hacer?

—Está... sorprendido porque no te he delatado a sus... amigos, ¿no es así, cerdo? Pero la explicación es fácil: no pienso entregar un cerdo que puedo... devorar yo solo.

—¿Qué quiere decir? —palideció Gordon.

—Quiero mi dinero. Y ahora..., señor.

—No..., no lo tengo...

La mano derecha de Uriah se crispó en las ropas de Gordon.

—Escuche bien —siseó—: yo siempre juego limpio, ¿se entera? Pero exijo que se juegue limpio conmigo. Y usted es un marrano.

—No... Está equivocado...

—¿Por quién me toma? ¿Por un infeliz como Smith o los demás? Sé lo que quiso hacer: matarnos a Rayo y a mí. O al vencedor. He conocido a otros cerdos como usted, Gordon.

—¡No tengo ese dinero! —gimió Gordon.

—Se está jugando la vida, lo van a ahorcar sus propios vecinos si yo hablo. Y para mí será más divertido que meterle una bala en su cochino

corazón, Gordon.

—No..., no tengo el dinero disponible ahora, Harrison... ¡Se lo juro!

—¿Cuándo lo tendrá?

—No sé... Cuando venga Morgan... Él tiene la llave de mi caja fuerte.

—¡Je, je...! ¡Tipo listo Jim Morgan! Hace muy bien en no fiarse de usted, ... ¿Y por qué tiene el dinero en su caja?

—El... me propuso hace tiempo conseguir entre los dos todas las tierras del valle... Le ayudé a prepararlo todo. Luego vino con el dinero, y yo se lo guardé... Se quedó sólo una pequeña cantidad para ir pagando las tierras que compra. Cada vez qué necesita más nos vemos y yo se lo entrego...

—Dígame una cosa que me tiene intrigado. Gordon, ¿para qué demonios quieren tantas tierras?

-Hay... hay petróleo en Cana Valley,... Jim Morgan hizo venir dos... dos ingenieros de Oklahoma, y lo aseguraron...

-Magnífico. ¿Y qué gana usted con esto? ¿Será socio de Jim Morgan? Ésa no me parece una buena idea, porque sus vecinos se enterarían y... —se pasó un dedo por la garganta— ¡raaaaaaasss!

-Morgan me prometió cien mil dólares por mis tierras y mi ayuda...

—¡Cien mil dólares...! Bueno, a ese precio casi vale la pena ser un cerdo, Gordon... ¿Hay cien mil dólares en su caja fuerte?

-No... Sólo unos... treinta mil...

—¿Cómo le habría pagado Morgan los cien mil, entonces?

-Primero me daría una parte... Y a medida que fuese explotando los pozos de petróleo me iría... pagando el resto...

-Formidable sociedad. Y en vista de sus grandes beneficios, Gordon, mi precio sube; serán ahora, treinta mil dólares. Vamos a abrir esa caja.

—¡Le juro que la llave la tiene Morgan! ¡Se lo juro! ¡Y él ha de venir aquí!

—¿Por qué ha de venir aquí? —rió maliciosamente Uriah.

-Cuando... cuando llegue pasará por la misión, y al no ver a nadie allí, vendrá aquí... Siempre viene por la puerta de atrás, por la noche...

-Y será de noche dentro de pocos minutos... Muy bien, cerdo, le vamos a esperar los dos. Y si me has engañado..., si Jim Morgan no viene aquí esta noche...

## CAPÍTULO X

Peter Gordon y Uriah oyeron la llamada a la puerta: Gordon se enderezó en la silla, pero el revólver de Uriah, aparecido velozmente en su zurda, le inmovilizó.

—Tranquilo —aconsejó el pistolero amablemente—, muy tranquilo, Gordon... Vamos a ir los dos a esa puerta trasera, sin escándalo, sin una sola voz... ¿Está claro?

Gordon asintió con la cabeza y Uriah movió el revólver hacia el fondo de la casa. Caminaron los dos hacia allí, cojeando el tejano, pero alerta la maligna mirada divertida. Cuando llegaron a la puerta, Uriah se colocó a un lado y señaló con el revólver. Gordon abrió, y Jim Morgan entró impetuosamente, terrible su solitario ojo, que quedó fijo soto un instante en Peter Gordon.

—¿Dónde están los...?

Cuando se dio cuenta de que había alguien a su lado y quiso volverse, llevando la mano al revólver, éste ya no estaba en su funda, sino en la diestra de Uriah.

—Harrison... ¿Qué ocurre? —masculló Morgan.

—Adentro —señaló el tejano, ahora con dos revólveres—. Vamos a llegar a un acuerdo, Morgan.

—¿Qué significa esto?

—Soy un traidor —sonrió de aquel extraño modo angelical el tejano—. Y lo soy porque siempre pago con la misma moneda. Adentro.

Regresaron los tres a la salita de la casa. Morgan se volvió hacia la puerta, donde había quedado Uriah.

—¿Dónde están los demás?

—Muertos. Pero ahorrémonos detalles, que nada importan ya. No importan en absoluto... —Uriah caminó hacia un sillón y se dejó caer en él, suspirando—. Lo único que importa, Morgan, es el dinero. Abra la caja fuerte de Gordon. Usted tiene la llave, ¿no es cierto?

Jim Morgan palideció de ira.

—No la abriré.

—Lamentable —sonrió secamente el tejano—. Pero no creo que sea difícil quitarle la llave a un cadáver.

—Me vas a matar de todos modos...

—¿Yo? ¡Ni mucho menos! Un amigo mío le tiene muchas ganas, Morgan... Y yo no le quito nada a un amigo. Cuando yo tenga el dinero le dejaré salir a la calle a resolver su cuestión. Si de algo le sirve la palabra de un tejano, le diré que no pienso matarle —alzó la mano derecha con el revólver—. Lo juro.

Jim Morgan lanzó un seco gruñido y se dirigió hacia el gran armatoste que era la caja de caudales. Gruesa, fuerte, maciza. Estaba en un rincón de la estancia, Se arrodilló junto a ella, sacando la llave, que introdujo en el mecanismo...

—Es mejor así que recurriendo a la dinamita —dijo amablemente Uriah—. Y otra cosa, Morgan, sé que hay gente que tiene la costumbre de tener un revólver en la caja. Por si Gordon es de éstos, le aconsejó que tenga cuidado, porque de otro modo me veré obligado a faltar a mi palabra... ¿Está claro?

Morgan no contestó. Todavía estaba pálido de ira, de furia... Abrió la caja y se volvió hacia Uriah interrogante, llena de odio la mirada.

—Apártese de ahí —ordenó Uriah—. Y ahora, Señor Gordon, meta todo el dinero en el saco que hemos preparado. Usted vaya al rincón, Morgan. Ahora, Gordon, cierre la caja y entregue la llave a Morgan. Así, cuando le maten y vean que tiene la llave de su caja, comprenderán que usted es un cochino... ¿Soy o no soy astuto?

Se echó a reír, porque veja perfectamente el odio en aquellos tres ojos. Gordon entregó la llave a Morgan y, siguiendo las indicaciones del revólver de Uriah, se apartó hacia el otro rincón.

—Y ahora, Gordon, le diré algo... Algo que me contó un día un tipo que sabía leer. Dijo que lo había leído en un libro... Qué cosas, ¿eh? Y en el libro decía: cuando la traición ha terminado, el traidor ya no sirve para nada. Y yo creo que eso es una verdad como mi revólver. Hasta el infierno, cerdo.

Peter Gordon comprendió las intenciones de Uriah cuando éste, ya estaba apretando el gatillo. No tuvo tiempo ni de intentar pedir clemencia... Estaba con la boca abierta, en ese intento, cuando recibió el primer balazo en el estómago. Y ni siquiera tuvo tiempo de encogerse cuando la segunda bala le alcanzó de lleno en el corazón, empujándole violentamente contra la pared, de espaldas. Rebotó, cayó de bruces y quedó inmóvil, con la cabeza ladeada, lívido el rostro, rojo el hilillo de sangre que salla por un lado de la boca.

Para entonces el revólver estaba ya apuntando a Morgan, cuyo rostro no estaba menos lívido que el del reciente cadáver.

—Bien, vamos a la calle.

—¿A la calle? Harrison, has dicho que no ibas a matarme...

—¡Claro que no! Para hacerlo estamos bien aquí. Todo lo que quiero es presentarte a un buen amigo. Salgamos.

\* \* \*

Los dos disparos habían sobresaltado a todos, incluso un poco a Rayo. Sonaron apagados, cercanos al mismo tiempo. Ricky se puso en pie de un salto, mirando hacia allí..., hacia la casa de Gordon, lo cual hizo fruncir el ceño a Rayo.

—Ha sido en casa de Peter, parece —comentó un agricultor—. ¡Vamos a ver qué ocurre!

—Quietos ahí —dijo secamente Rayo—. Lo que sea, sonará.

El más tenso, el más inquieto era Ricky, que parecía dispuesto a no seguir la cauta indicación del profesional del revólver. Pero en aquel momento vieron aparecer las dos sombras en el porche de la casa de Peter Gordon, apenas iluminadas por las luces de los faroles de queroseno. Para Rayo una de las figuras era inconfundible. La otra..., la otra era inconfundible para los agricultores; el nombre de Morgan fue musitado tenuemente, como el retumbar de un débil trueno por entre montañas...

Rayo se puso entonces rápidamente en pie, acercándose a Ricky, que caminaba envarado hacia el centro de la calzada. Justo cuando le daba alcance, oyeron la voz de Uriah, a grito pelado:

—¡Rayo! ¡Tengo un regalo para ti! ¡Éste es Jim Morgan!

Todos pudieron ver el fuerte empujón que el tejano daba a Morgan. Tan fuerte, que éste cayó de rodillas a la calzada... mientras Uriah, riendo, después de tirarle su revólver al polvo, entraba en la casa a por su dinero. Ya no podía hacer nada más.

Al mismo tiempo, cuando Morgan todavía estaba cayendo. Rayo se volvía hacia Ricky, lanzando su puño izquierdo fuertemente hacia la barbilla del muchacho, tirándole de espaldas sobre el polvo, poco menos que desvanecido.

Entonces, Rayo se encaró a Morgan, que se había puesto en pie de un salto y miraba a todos lados, desesperado...

—¡Jim Morgan! —llamó—. ¡Voy a por ti!

El único ojo de Morgan quedó fijo en el revólver que Uriah había tirado cerca de él, pero Morgan saltó hacia algunos caballos de los agricultores, que estaban cerca, desentendiéndose de su revólver. Sacó un rifle, se volvió hacia Rayo y disparó. Quizá un poco precipitadamente. La bala dio a la derecha de Rayo, y rebotó sordamente, en medio de un surtidor de polvo que pareció negro. Chillando de rabia, Morgan movió la palanca, expulsando un brillante cartucho y colocando otro en la recámara de disparo... Esta vez falló con el nerviosismo que le produjo ver a su enemigo corriendo hacia él, en lugar de buscar una protección contra sus disparos de rifle... ¿Qué clase de hombre era aquel...? Le vio tirarse al suelo y le disparó de nuevo.

Siempre rodando hacia delante, Rayo quedó por fin de rodillas, ahora a unos sesenta metros de Morgan, que disparó de nuevo. Rayo notó el peso del plomo casi tocando la ligera herida que había recibido en la casa de Ricky, y que él mismo había vendado, sin concederle importancia... De nuevo rodó Rayo sobre el polvo, ahora hacia la derecha... Y de nuevo hacia la izquierda, en velocísimo zigzag, tirándose y levantándose..., hasta que la distancia fue buena para su revólver.

Para entonces, Jim Morgan estaba tan completamente nervioso que ni siquiera supo aprovechar el segundo de inmovilidad del pistolero.

Pero Rayo sí sabía aprovechar la más pequeña fracción de tiempo.

Por primera vez su revólver tronó, marcando una rojiza mancha en la calzada.

Jim Morgan recibió el primer balazo entonces en un hombro. El impacto le hizo girar hacia atrás, soltando el rifle. Cayó de rodillas, de cara a Rayo, tras describir dos veloces vueltas. Se puso en pie inmediatamente... y recibió el segundo balazo en el costado derecho... Lanzó un chillido y echó a correr hacia la acera, tambaleante, en busca de protección contra el plomo del pistolero... Pero la tercera bala de éste le alcanzó en una pierna, y de nuevo Morgan rodó por el polvo, sin dejar de chillar cada vez que recibía un balazo. Vio la acera a poca distancia y se incorporó de nuevo, jadeando, empapado en sudor, pálido de miedo... Corrió hacia el abrevadero. Si llegaba allí...

Llegó.

Pero empujado por un balazo en plena espalda. Un impacto tan tremendo sobre un cuerpo ya debilitado, que casi cayó en las aguas, llenas de esas colillas que siempre tira alguien en los abrevaderos... Se sujetó en el borde del abrevadero, demudado el rostro, desorbitado su único ojo. Se volvió entonces, lentamente, hacia el hombre que tan cruel, implacablemente, le

estaba matando. Le vio caminando muy despacio hacia él... No le conocía. ¿Por qué...?

Jim Morgan alzó una mano. Quería hablar, pero no podía... No podía ni siquiera respirar.

—Aaaa... Aaa...

Rayo, volvió a disparar. Ahora fríamente, inescrutable el rostro, que parecía helado, petrificado.

Y esta vez, Jim Morgan ni siquiera tuvo aliento para gritar; la bala se clavó en su corazón, empujándolo, hundiéndolo de espaldas en el abrevadero.

Llegó el silencio absoluto.

Y en ese silencio absoluto, Rayo se dedicó a recargar su revólver maquinalmente. Lo había matado... ¿Y qué? Pues nada. Estaba igual que antes, con la misma amargura, la misma profunda tristeza. Lo había matado... ¿Y qué? Ni siquiera le había visto laxara bien, no había visto su expresión... Pero le había matado. Eso era todo... y no era nada.

Uriah estaba bajando del porche, cojeando. Y cojeando se acercó a él. Llevaba algo en un hombro, que sujetaba con la mano derecha... Parecía un saco vacío...

—¿Nos vamos, Rayo?

—Sí... Quizá sea lo mejor. Iré a por mi caballo... ¿Qué llevas ahí?

—Ah... Un saco con un poco de maíz —se echó a reír—. ¡Comida para nuestro largo camino! La repartiré a medias contigo y así...

—¡Rayo!

No fue una simple llamada, sino un grito, un alarido de furor. Los dos pistoleros miraron hacia allá y vieron a Ricky acercándose, muy cerca de su revólver la manó derecha.

—¡Se lo advertí! —gritó Ricky—. ¡No debió quitarme a Morgan! ¡Saque su revólver!

Estaba a menos de cuarenta metros. Uriah miró de reojo a su amigo y colega.

—A ver cómo resuelves esto... —musitó—. No quisiera estar en tu lugar, amigo.

Rayo encogió los hombros y empezó a caminar directo hacia Ricky. El muchacho se tensó, acercó más la mano a su revólver. Pero Rayo parecía que ni siquiera lo veía a pesar de ir derecho hacia él.

—¡Saque! —gritó de nuevo Ricky—. ¡Saque su revólver!

Rayo continuó caminando, imperturbable. Hubiera pasado junto a Ricky sin hacerle caso si éste no se le hubiera colocado delante, cerrándole el paso.

—Vamos —susurró roncamente—. Saque su revólver, Rayo.

El pistolero movió las dos manos lentamente. Las manos se reunieron en la hebilla del cinto. Lo desabrocharon. Luego lo dejaron caer al suelo... Un fuerte murmullo brotó en la calle de Cana Valley.

—¡Recójalo! —gritó Ricky—. ¡Quiero que lo recoja! ¡Quiero matarle!

Rayo continuó caminando, entonces hacia el hotel, frente al cual estaba su caballo. Su caballo y su petate. Eso era lo único que tenía...

—¡Vuélvase! —oyó—... ¡No quiero matarle de espaldas! ¡Vuélvase!

Una triste sonrisa apareció en los labios del pistolero. Aquello sí que no: Ricky jamás sería capaz de disparar contra su espalda...

—¡Ricky! —oyó el grito de Lucy.

La muchacha llegaba corriendo de la casa de un vecino del pueblo... Pasó muy cerca de él por la calzada, mirando angustiada hacia Ricky...

Y Rayo continuó caminando hacia el hotel. Cuando llegó al porche, y ya empujando la puerta, se volvió. Todos estaban mirando hacia allí. En el centro de la calzada, Ricky Ferguson, con Lucy a su lado... La voz del muchacho le llegó como un golpe en pleno rostro:

—¡Cobarde!

Y Rayo entró en el hotel.

Uriah Harrison que sabía positivamente que por cerca que estuviera de Ricky no corría riesgo de recibir un balazo, fue el primero en llegar junto a él, medio arrastrando la pierna herida, fruncido el ceño. Se plantó delante de Ricky y masculló:

—Ese cobarde te ha salvado la vida, mocoso.

—¡No se meta en esto! ¡Y será mejor que se marche del pueblo o...!

—Ricky —intervino Lucy, todavía asustada—. Él tiene razón. Rayo te ha salvado la vida... por tres veces. ¿No lo comprendes?

—¡No! ¡Y tendrá que pelear conmigo! ¡Ya le dije que tenía que dejarme a Morgan...!

—Morgan te habría matado, chico —dijo hoscamente Uriah—. ¿Qué habrías hecho cuando empezó a disparar con el rifle?

—¡Lo habría matado!

El tejano recuperó su habitual ironía.

—¿Cómo? ¿Buscando primero protección a sus balazos, alejándote de su línea de tiro? Si... Estoy seguro de que eso habrías hecho. Y entonces, Morgan te habría mantenido a distancia con el rifle, hasta cazarte, porque tu revólver no habría alcanzado hasta él. Te falta experiencia para hacer lo que

hizo Rayo: acortar las distancias hasta tenerlo al alcance de su revólver. Para hacer eso, muchacho, tienes que afeitarte un millón de veces más.

—¿Está buscando pelear conmigo? —espetó Ricky, aterrando a Lucy, que lanzó un gemido y se abrazó a él.

—No... Jamás... Rayo jamás me lo perdonaría... Vete al demonio, maldita sea mi estampa...

Estaban ya rodeados por el grupo de agricultores. Y Uriah tuvo que abrirse paso con su gesto agrio, apartándolos casi rudamente, cojeando, refunfuñando, llevando el cinto de Rayo en una mano.

Ricky parecía perplejo. Parecía dispuesto a decir algo cuando Mulberry informó:

—Ahí viene Rayo.

Quedaron todos silenciosos. Rayo pasaba ya cerca de ellos montado, fija la mirada hacia el frente. John Mulberry se colocó detrás de su camino, tragando saliva.

—Rayo, su dinero lo estamos...

Pero el pistolero pasó sin mirarle, como si no le hubiese oído. Cabalgaba hacia Uriah, que cojeaba hacia su caballo. Se detuvo junto al animal y esperó. Rayo llegó junto a él, se inclinó un poco, tendiéndole la mano, y tras apoyarse en ella, Uriah pudo subir a su caballo.

Luego los dos dieron la vuelta a sus caballos y volvieron a pasar junto al grupo, impávidos, llevando todavía Uriah el cinto de Rayo, ahora pasado por un hombro.

Y los vieron desaparecer por la punta de la calle que llevaba al cementerio...

—¿Qué ha querido decir? —musitó Ricky—. ¿Qué ha querido decir ese pistolero con eso de que Rayo jamás se lo perdonaría...?

\* \* \*

Uriah frunció el ceño cuando, ya sin dudas, comprendió que su amigo se dirigía hacia el cementerio, cuyos cipreses se recortaban en el cielo azul-negro, lleno de grandes estrellas, plateado por la luna en creciente.

Pero no dijo nada. Cuando Rayo desmontó, él hizo lo mismo... Rayo llevaba ya su revólver, y su gesto era más sombrío que nunca. Tan sombrío, que Uriah comprendió que era mejor no hablar. No decir nada, no preguntar nada, no comentar nada...

Entraron los dos en el cementerio, pasando por entre las tumbas, hasta llegar a la que buscaba Rayo. Uriah quedó un poco más atrás, esperando sobre un solo pie, un poco pálido por el dolor de la herida. Se quitó el sombrero de un manotazo de pronto al darse cuenta de que Rayo ya lo había hecho...

El veterano pistolero quedó ante la tumba de su esposa. Nada tenía justificación. Ni siquiera el hecho de haberla vengado. Era como no haber hecho nada, como haber quemado toda su vida para nada...

El estampido del disparo de rifle sonó muy cerca de él, a su espalda. Todavía pudo ver a Uriah saltando hacia delante, como si hubiese recibido un brutal empujón en la espalda... Lo vio rodar por entre dos tumbas con un ronco, profundo gemido... Entonces se oyó el segundo disparo de rifle... Esta vez Rayo notó el tremendo golpetazo en su espalda. Chocó contra la lápida, rebotó, dio unos traspiés, y cayó rodando cerca de donde había ido a parar Uriah Harrison, que yacía inmóvil, de bruces...

Rayo quiso moverse, pero no pudo. Parecía que la negrura de la noche se iba espesando, espesando, espesando... Le parecía que habían pasado años desde que había recibido el balazo cuando vio aparecer a un hombre detrás de los apreses. Llevaba un rifle en las manos y se acercaba cautamente, dispuesto a disparar en cuanto le pareciese necesario..., Llevaba el brazo derecho colgando del cuello por medio de un pañuelo, pero se las arreglaba muy bien para manejar el rifle... No le conocía. No conocía a aquel hombre... Su mano se movió como si todavía tuviera en ella el revólver y quisiera alzar el percutor. Pero el revólver no estaba en su mano. Lo vio unos metros más allá, brillando a la luz de la luna y las estrellas.

Oía el suave tintineo de las espuelas del desconocido, que caminaba hacia Uriah. Se detuvo junto al tejano y de pronto soltó una risita. Todo su rostro mostró una sonrisa de maligna satisfacción.

—¡Los dos grandes pistoleros! —susurró burlonamente.

Le vio pasar un pie bajo un costado de Uriah y darle la vuelta. Inmediatamente captó el respingo del hombre, su gran sobresalto, su espanto... Al mismo tiempo, un fogonazo brotaba de la pistola de Uriah.

El hombre debió recibir el balazo en el vientre, porque se dobló con toda su fuerza de pronto, soltando el rifle... Pareció que fuese a caer sobre Uriah, pero éste volvió a disparar, todavía sin sacar el revólver de la funda... Y ahora el hombre saltó hacia atrás, con el sombrero y parte de la cabeza arrancados por el segundo disparo del tejano.

De nuevo un silencio, mientras hacia el cielo ascendían unas delgadas volutas de humo que era gris, ¡pero que parecía negro!

Jadeando, Rayo consiguió llegar a menos de tres metros del tejano, que volvió la cabeza, lo miró y sonrió.

—Ése... cochino era... Smith... No debí... dejar... dejarle... mar... marchar... ¿Dónde... dónde te ha... dado?

—En... en la espalda...

—A mi... también... Y... y eso que... que le dije que... que tenía que llover *whisky* papara que... para que él...

—Cuando cae... cuando cae el rayo, Uriah, cae... cae para todos... para todos...

-El muy... cochino... Lo que más me... me fastidia es... es morir por la... por la espalda...

-Calla. Oigo galope de... caballos... ¡Quizá nos...! ayuden...

La mano derecha de Uriah se movió por el suelo, hasta encontrar su agujereado sombrero. Lo cogió y lo colocó copa abajo, como si esperase recoger algo en él.

-Y no... no llueve... *whisky*... ¿Llueve... *whisky*, Rayo?

-No.

—¡Qué raro...! Si ese desgraciado me... me ha... sorprendido... debería... debería llover... llover...

De pronto la mano que sostenía el sombrero se relajó. Quedó apoyada en el suelo por el dorso, todavía sosteniendo el sombrero, a la espera de una lluvia de *whisky*. Rayo dejó de mirar el sombrero para mirar el rostro de su amigo. Uriah Harrison mostraba su última sonrisa; tenía los ojos abiertos vueltos hacia el cielo, a la espera de algo que jamás se produciría; aceptando las cosas con buen sentido del humor... O quizá ni siquiera se había dado cuenta de que aquella iba a ser su última sonrisa.

Rayo estuvo mirándole unos segundos, como si no oyese el cada vez más próximo galopar de varios caballos.

De pronto dejó de mirar a su compañero y se dedicó a arrastrarse hacia la tumba de su esposa. Cuando llegó allí jadeaba fuertemente, tenía el rostro lleno de sudor frío y había dejado ya de sentir aquel dolor en la espalda... ¿O era que ya ni siquiera tenía espalda, ni cuerpo, ni piernas, ni brazos...?

\* \* \*

Ricky fue el primero en llegar corriendo a la tumba de su madre. Y allí, tendido de bruces, con una mano tocando la lápida, encontró al hombre

llamado Rayo. Lucy llegó inmediatamente tras él, y enseguida los demás... La excitación desapareció en cuanto vieron el cuadro de los tres hombres.

Ricky dio vuelta cuidadosamente a Rayo y lanzó una exclamación cuando vio sus ojos fijos en él.

—¡Está vivo! —gritó—. ¡Vamos a llevarlo...!

Una mano de Rayo pareció clavarse en su antebrazo.

-No —susurró el pistolero—. Ya es... demasiado tarde... para todo...

—¿Por qué ha de serlo? —musitó el muchacho—. Te llevaremos...

-No hay... tiempo. Ella —sus ojos parecieron buscar la lápida—, ella tenía razón... Cuando... cuando el rayo cae, cae... para todos... Nunca... olvides esto...

-Podemos intentar...

-Y... y aunque... aunque no llueva *whisky*, siempre... siempre encontramos a... a nuestro matador... Aquí nos tienes a... a Uriah y a mí, muertos por... por un... desdichado... Siempre se llega a... a este... final... cuando no sabemos dejar a tiempo... el revólver... Es... inevitab...

Rayo se calló. Para siempre.

## ESTE ES EL FINAL

John Mulberry parecía no saber qué decir o hacer.

—Bueno... No es que yo me oponga, Ricky, pero... ¡me parece todo tan precipitado!

-Lo he pensado bien durante estos días —musitó Ricky—. Quiero a Lucy, ella me quiere a mí, mis tierras y mi casa necesitan una mujer...

Lucy enrojeció y bajó la cabeza. Su padre carraspeó.

-Entiendo eso —admitió—. Pero estando todo tan reciente...

-Mis padres no se molestarán por esto, señor Mulberry. La vida sigue. Tengo una tierra que cuidar, y hay realmente petróleo en ella, la venderemos y compraremos una granja más grande, más hermosa... Me gusta el dinero del petróleo, pero no el petróleo. Bien, yo quiero... casarme con Lucy, tener hijos..., y quedarme siempre con ellos y con Lucy. Sólo quiero eso.

-Bien... De acuerdo, de acuerdo. Porque supongo que no será Lucy quién querrá retrasarlo todo, ¿eh?

Miraron los dos a Lucy, que se cogió de una mano de Ricky. Éste y Mulberry sonrieron. El primero dijo:

-Queda algo más por hablar, señor; he traído un regalo de bodas para Lucy...

-Ah, magnífico... ¿Es ese paquete?

Ricky Ferguson asintió con la cabeza. Se acercó a Lucy y le entregó el paquete, que parecía bastante pesado. La muchacha lo tomó, y lo deshizo con manos temblorosas por la emoción.

No era un vestido, ni zapatos, ni sombrero, ni flores, ni mucho menos joyas. Aunque tal vez tenía un significado muy superior al de una joya: era el revólver de Ricky Ferguson, y con esa entrega todo quedaba más que explicado.

-Lo..., lo esconderé en el último rincón de la casa —dijo Lucy, mirando dulcemente a su futuro esposo—, donde jamás puedas encontrarlo...

FIN